8382

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LA PECADORA

DRAMA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

ANGEL GUIMERÁ



MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1903

18

LA PECADORA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA PECADORA

DRAMA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

ANGEL GUIMERA

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid, el 3 de Febrero de 1903



MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DANIELA................	Sra.	Guerrero.
MONSA.............. ..	Srta.	Valdivia.
ANTONIA............. ..	Sra.	Martínez.
TOMASA.................	Srta.	Cancio.
PONA....................	Sra.	Bueno.
ANA............	Srta.	Blanco.
HUGUETE...............	Sra.	Socías.
JEANNE.................	Srta.	Torres.
NIÑA 1.ª.......	Sra.	Coy.
IDEM 2.ª............. ..	Srta.	Alvarez.
RAMÓN..................	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)
DON JOAQUÍN		Cirera.
ANDRÉS..................		Díaz.
RICHART................		Carsí.
MAX......		Barragán.
MR. ALBERT............		Robles.
VALERIO...		Guerrero.
MIGUEL.................		Buil.



ACTO PRIMERO

Sala de entrada en una casa de labradores ricos, en una aldea. Una puerta á la derecha; dos puertas á la izquierda. En el foro, á la derecha, el portón que conduce al exterior; en el mismo foro, á la izquierda, puerta sobre un escalón; el muro en que está esta puerta más saliente que el otro en que se supone el portón de entrada. Por la mañana.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN, VALERIO y MIGUEL

Al levantarse el telón la escena está desierta. Se oye, viniendo de la puerta de la derecha, el ruido de una cuna que mecen y la voz de una mujer que entona una canción de cuna: «La mare de Deu quan era xiqueta...» Después de una pausa, mientras sigue el canto, vienen del exterior, Ramón envuelto en un tapabocas grande y con una vara en la mano, Miguel, su criado, con un traje semejante, pero más pobre, y Valerio con ropa de trabajo

RAM. (Riñendo.) ¡Cómo había de figurarme que aún no estaba nada arreglado! (A Valerio.) Ya lo sabes; todo tiene que estar listo antes de mediodía.

VAL. Así se hará, señor amo; desde antes de amanecer estamos limpiando.

RAM. (Con rudeza.) ¿Hasta hoy no habéis empezado el trabajo? ¡Holgazanes! (Movimiento de protesta

613478 668620

de Valerio.) ¿Qué habéis hecho en todo este tiempo?

VAL. Resallamos... y pusimos cañas á las tomateras; además el prado de abajo...

RAM. ¿Pero no te encargué que limpiaséis los corrales en seguida? ¿Y si el rebaño hubiera llegado anoche?

VAL. Como no llegó...

RAM. ¿Y si hubiera llegado?

VAL. Todavía no está aquí.

RAM. Va á llegar.

VAL. Ya se está limpiando.

RAM. ¡Ya se está limpiando! ¡Ya se está limpiando! ¡Majadero! ¡No sé como no te rompo la crisma! (Á Miguel) Anda, ayúdalos... y listos, listos.

MIG. Voy, señor amo, pero... (Mirando hacia una puerta de la izquierda.)

RAM. ¿Quién ha venido estos días?

VAL. Nadie... Digo sí, el señor doctor... pero no hay nadie enfermo... Todos estamos buenos á Dios gracias...

RAM. (A Miguel.) ¿Aun estás aquí?

MIG. Es que no he almorzado todavía...

RAM. Tampoco yo... Cuando hay que trabajar el trabajo es lo primero.

MIG. Miá tú que trabajar en ayunas... (Sale murmurando por el portón.)

RAM. ¡A ver si te callas!

ESCENA II

RAMÓN. VALERIO. Después cuando el diálogo lo indique ANA y ANTONIA

ANA (Sale corriendo por la derecha.) ¡Padre! ¡Padre!

RAM. (Dejándose abrazar y dirigiéndose á Valerio.) Oye, ¿no ha venido Rivera por el vino?

ANA ¡Padre! ¡Padre!

VAL. Sí, señor amo. Aquí estuvo Rivera y se llevó el vino.

RAM. (Siempre con rudeza.) ¿Y por qué no me lo has dicho, alcornoque?

ANA (Corriendo á la puerta derecha,) ¡Madre! ¡Madre!
VAL. Pues, sí, señor, aquí estuvo Rivera y se llevó el vino.
ANA ¡Ha llegado padre!
RAM. ¿Y quién estaba presente cuando lo midieron? (Sale Antonia y se acerca á Ramón.)
ANA (Que vuelve á abrazar á Ramón muy alegre.) ¡Ay, padre, padre!
VAL. Allí estuve yo, más fijo que un poste.
ANT. ¿Cómo te fué en tu viaje?
RAM. (A Antonia.) Bien. (A Valerio.) ¿Cuántas cargas llevaron? ¿Quién hizo la cuenta?
ANT. ¡Jesús! ¡Cómo vienes de polvo!
VAL. Pues apuntaba la chica... la Ana...
RAM. ¡Pero estais locos! ¡Fiarse de una criatura! ¡Así anda todo en esta casa cuando yo falto!
ANT. No te amontones, hombre... Yo también estaba presente...
ANA Anda, y poco bien que lo apunté todo... por cada medida, hacía una rayita en el papel...
ANT. (Condoliéndose porque la riñe Ramón.) ¡Pobre criatura!
RAM. (A Antonia.) He comprado un rebaño que da gozo verlo.
ANT. Si no te ocurre lo del otro año...
RAM. No hay cuidado. Ahora abro bien los ojos. Traigo trescientas cuarenta y siete ovejas.
ANT. ¿Querrás mudarte de ropa?
RAM. (Hablando distraído.) Y el niño, ¿cómo está?
ANT. En la cuna. ¡Ha llorado más esta noche!
RAM. Dadme la cuenta del vino.
ANT. Valerio, dale la cuenta al amo. (Valerio hace señas de que él no la tiene.)
ANA ¿Qué me trae usted, padre?
RAM. (A Valerio.) ¿Pero dónde está esa cuenta? Ya lo veis; no puedo faltar de casa. ¡Parece mentira! ¡Todos sois iguales! ¡Y luego dirán que tengo mal genio! (Antonia y Valerio van de una parte á otra abriendo los cajones de los muebles, registrándose los bolsillos, etc. Ana á un lado juega con una muñeca sucia y descoyuntada.)
ANT. No te sulfures, hombre, que ya parecerá.
RAM. ¡Si no me hicierais perder la paciencia!
VAL. Mire usted señor amo, apostaría á que no

parece, de tan guardada como está. Pero ya parecerá; verá usted cómo parece.

RAM. Este mostrenco me quema la sangre con su cachaza. ¡Pero esa cuenta!... ¿La encontrais ó no?

ANT. Nos atolondras con tus gritos. (A Ana.) Hija mía, ¿te acuerdas dónde pusimos la cuenta?

ANA ¿Qué cuenta?

ANT. La que tú hiciste, la del vino.

ANA (Con naturalidad.) Aquí la tengo yo muy guardadita. (La saca del seno arrugada y sucia.)

ANT. ¡Ay! ¡Gracias á Dios!

RAM. Trae acá.

VAL. ¡Toma! Pues si ahora me acuerdo que yo mismo se la había dado á guardar para que no se perdiera.

RAM. Anda, anda á trabajar. (Valerio sale por el foro.)

ANT. (Á Ana mientras Ramón repasa la cuenta.) ¡Hija mía, qué genio tiene tu padre!

ANA (A Antonia.) Madre, ¿no me habrá traido nada? ¡Yo creo que me habrá traído algo! (Antonia se encoge de hombros.)

ESCENA III

ANTONIA, ANA, RAMÓN y MONSA

MONSA ¡Buenos días nos dé Dios! ¡Ramón! ¿Cuándo llegó?

ANT. Hace un rato. (A Ramón.) Oye: tenemos que hablar de un asunto.

RAM. Primero es esto. (Por la cuenta.) Son veintisiete cargas. ¡Cómo! ¿Justas? ¡Cá! No puede estar bien. Es claro: os fiais de una chiquilla.

ANT. Te digo que está bien.

ANA Pues yo hice lo que me dijeron, ¿verdad, madre?

ANT. ¡Claro! (Ramón sigue repasando la cuenta.)

MONSA Sí, hijita, sí. Eres muy juiciosa. ¡Ya ves! me sirve de pasanta en la escuela.

RAM. ¿Y tú qué sabes si está bien ó mal la cuenta? Miren la sabionda cómo presume por-

que es maestra. Tan boba saldrá esta como tú.

ANT. ¡Ramón! No trates así á la pobre Monsa, que tanto nos quiere; y si alguno cae enfermo, todo lo deja por atendernos.

MONSA Déjale, déjale; si no me enfado.

ANT. ¡Y tan desabriote para esta pobre criatura que adora en su padre!

RAM. Si creerás que no tengo otra cosa que hacer sino mimaros. (A media voz.) ¡Para bollos está el horno! ¡Falto cuatro días de casa y todo lo encuentro manga por hombro!

MONSA Déjale, mujer. (Sigue hablando con Ana y Antonia.)

RAM. (Murmurando.) No cuidan de la hacienda... ¡Ni hacer una cuenta saben!

ANT. (A Monsa.) ¡Qué genio tiene!

MONSA (A Antonia.) Sí, mucho genio, pero es más bueno que el pan.

RAM. (Llamando con rudeza y á media voz.) ¡Ana! ¡Ana!

ANA (Corriendo hacia él.) ¡Padre!

RAM. (Le da un beso y murmura.) ¡Las mujeres, las mujeres! ¡No sirven para nada, para nada! (Sale por el portón hablando entre dientes.)

ESCENA IV

ANTONIA, MONSA y ANA. Después TOMASA, PONA (Josefa) y ANDRÉS. Antonia habrá entrado un momento en el cuarto de la derecha. Monsa queda mirando hacia el mismo cuarto, mientras, sale RAMÓN

ANT. Fuí á ver si el niño seguía durmiendo.

MONSA Es un ángel de Dios. (Ana ha vuelto á jugar con la muñeca.)

ANT. No se parecerá á su padre, que es áspero como un esparto.

MONSA Pero os quiere mucho á todos.

ANT. Sí, es verdad; pero piensa demasiado en sus quehaceres.

TOM. (Entrando.) Vengo á que me conteis algo de eso, de la Daniela.

MONSA ¡Pobre Daniela!

ANT. ¿Quién te lo ha contado?

TOM. Valerio, que estaba hablando con Andrés, el alpargatero.

ANT. También ese Andrés es un entrometido.

TOM. ¿Por qué dices *también?*

ANT. (A Monsa.) ¡Ves qué charlatán es Valerio!

PONA (Entrando, á Antonia.) Chica, tengo mucho que hacer en casa.

TOM. ¿Pues y yo? Hoy encalamos.

PONA Pero he querido saber eso de la Daniela.

ANT. (Sin dar importancia al asunto.) Pues, sí, sí; parece que aun vive... ¡Hacía tanto tiempo que nada sabíamos de ella!

PONA Dice Valerio que han llegado noticias.

AND. (Entra cosiendo una alpargata.) ¿Y Ramón qué dice de eso de la Daniela?

ANT. Todavía no le he dicho nada. Además, no se sabe gran cosa.

MONSA (Con tristeza y afecto.) ¡Tan amigas como éramos!

TOM. Miro para escapar si viene Ramón. ¡Siempre dice que estamos estorbando!

ANT. Pues veréis; os diré lo que sabemos. Ayer, al obscurecer, vino el señor doctor y me dijo que un médico francés le había escrito preguntándole si era sano este pueblo, porque tenía una enferma que era de aquí, y tal vez viniera para restablecerse.

AND. ¿Nada más?

ANT. Casi nada más, dijo.

AND. Toma, pues si es así... ¡Quién sabe si será ella la enferma!

PONA Puede ser ella... ¡Pts!... Pero tal vez quieran engañarnos. (Riendo.)

TOM. ¡Mira tú que fijarse en un pueblo tan chico como este! (No creyendo la noticia.)

ANT. No, no; en la carta se nombra á la Daniela.

AND. ¡Ya! Eso es otra cosa.

TOM. Yo la creía muerta y enterrada hace muchos años.

PONA Mala hierba...

TOM. Eso dice mi hombre. ¡Vaya, me voy, que están encalando!

ANT. Vosotras la conocísteis... yo como no soy de este pueblo... Debió ser amiga vuestra.

TOM. (Resentida.) Amiga, no. (Andrés de cuando en cuando da una puntada en la alpargata.)

PONA Conocidas. Era mayor que nosotras.

MONSA (Siempre sin malicia.) Pona, eso no. Vosotras sois mas viejas.

TOM. ¿Cómo más viejas? Tú si que eres más vieja que nosotras y que ella.

MONSA Lo que tú quieras. A mí no me importa.

ANT. Dice Ramón que cuando huyó del pueblo, tenía catorce años cumplidos.

AND. Mi mujer dice que catorce ó quince.

TOM. ¡Vaya, me voy! Ahora debe tener treinta y cinco.

PONA ¡Más!

MONSA Tiene treinta.

PONA ¡Con la vida que ha hecho, debe estar más repugnante!...

AND. ¡Pts! ¿Quién sabe? En Francia remiendan á las mujeres y las ponen como nuevas.

ANT. ¡Ana! Vete á mecer al niño... me parece que llora... (Ana deja la muñeca y se va por la derecha. Se oye después el ruido de la cuna.)

TOM. (A Antonia.) Y si viniera al pueblo, ¿qué haríais vosotros?

ANT. Eso Ramón lo decidirá.

TOM. Como es prima hermana suya... y en esta casa la tenían como hija...

PONA Yo que vosotros, ni la miraría á la cara, por sinvergüenza.

ANT. ¡Pero qué ha de venir, mujer! ¡Parece mentira que!...

AND. (Interrumpiéndola.) Estará muerta de hambre.

TOM. Cualquier día tenía yo una perdida como esa en mi casa.

AND. Mi mujer ni la devolvería el saludo.

ANT. Yo, si llega el caso... pues haré lo que diga Ramón.

TOM. Y tú, Monsa, ¿qué harías?

MONSA ¿Yo? Si Daniela volviese y no la acompañara nadie, la llevaría á mi casa.

AND. ¿Tú? ¿Estando soltera?...

MONSA ¿Y qué?

PONA ¿A su casa dice? ¿Y con qué la mantendrías? ¿Y con qué pagarías las medicinas?

MONSA Ya sé que no tengo nada, pero me ayudaría todo el pueblo; las madres de las niñas que vienen á la escuela...

TOM. (Interrumpiéndola enojada.) ¿Que te ayudaríamos nosotras para sostener á esa mujer?

PONA Primero lo echaríamos á los perros.

ANT. ¡Pona, no digas eso!

AND. ¿Sabes lo que te sucedería? Que te quitarían todas las chiquillas si metieras á esa mala mujer en la escuela.

MONSA ¿Y si estuviese arrepentida? ¿Y si se estuviese muriendo la infeliz?

ANT. ¡Bien puede ser que ya sea muy otra! (Andrés se rie)

TOM. (Burlándose.) ¡Arrepentida!... ¡Me voy, me voy, que estamos encalando!

PONA Será porque nadie la quiera.

MONSA Pues yo no la dejaría morir de hambre. ¡No, y no! (Se rien de ella)

ANT. ¿Por qué os reís de Monsa? (Siguen riéndose.)

MONSA No, no la abandonaría. Y hasta pasaría hambre por ella si fuera menester. Yo soy así.

TOM. Por eso no te has casado... y vives sola como los buhos.

PONA Por bobalicona. (Andrés ríe con estrépito.)

MONSA (Llorosa.) Ya sé, ya sé que no soy tan lista como vosotras.

ANT. No las hagas caso, mujer.

MONSA No se lo hago; pero es que no puedo más... (Llorando.) porque cuando una cree haber obrado bien... (Sigue llorando)

TOM. (A Pona y Andrés) ¡Todo lo toma tan á pechos!...

AND. Eso dice mi mujer...

PONA ¡Como si nosotras no tuviéramos corazón!

ESCENA V

ANTONIA, MONSA, TOMASA, PONA, ANDRÉS, DON JOAQUÍN y MR. ALBERT, después RAMÓN

JOAQ (Entrando.) ¡Buenos días y que Dios os guarde! (Le sigue Mr. Albert)

ANT. ¡El señor doctor!

JOAQ. ¿Qué tiene Monsa? ¿Qué te pasa, chiquilla?

MONSA Nada, no es nada.

JOAQ. No me hagais llorar á Monsa, que es más buena que todas vosotras juntas. (Pona, Tomasa y Andrés se excusan: A Andrés.) Y también que tu mujer.

AND. ¿Y mejor que un servidor?

JOAQ. Tú no eres nadie. (A Monsa, acariciándola.) ¡Mi buena enferma! ¿Qué se han figurado esas?

MONSA Muchas gracias, señor doctor... me voy, que he dejado á las niñas con la pasanta... (Mientras sale, Tomasa, Pona y Andrés protestan de que no la han querido ofender, Andrés con más calor que las mujeres. Ella da á entender que no está ofendida, y sale enjugándose los ojos. Entre tanto ha seguido el diálogo.)

JOAQ. (A Monsa.) Adiós, muchacha, adiós. (A Antonia.) ¿Ya ha vuelto Ramón, verdad?

ANT. Sí, señor; llegó hace un rato.

JOAQ. Pues tenemos que hablarle en seguida.

ANT. (Llamando.) ¡Ana! (A don Joaquín) ¿Quieren ustedes tomar algo?

ANA (Saliendo del cuarto de la derecha.) ¡Madre!

ANT. Dí á tu padre que venga en seguida, que están aquí el señor doctor y otro caballero.

JOAQ. Y que tengo prisa, que aun me faltan que hacer muchas visitas. (Antonia ofrece sillas á don Joaquín y á Mr. Albert que no se sientan. Los demás personajes han seguido hablando en el foro.)

TOM. (A Andrés.) ¡Yo, yo! (A don Joaquín.) ¡Señor doctor!

JOAQ ¿Qué te duele?

TOM. Doler, no me duele nada.

PONA Es que como conocíamos tanto á la Daniela, quisiéramos saber si...

JOAQ. ¿Ah, sí? Pues... yo no sé nada, nada, nada. (Se separa de ellas y enciende un cigarro.)

MR. ALB. (Con ligero acento francés.) ¡Ah! ¿Con que ustedes conocían á la señorita Daniela?

PONA ¡Sí, señor, mucho!

TOM. ¿Y usted la conoce?

MR. ALB. Ya lo creo. (Las dos mujeres y Andrés le hacen muchas preguntas, mientras se acerca Ramón riñendo á alguien que se supone estar fuera)

PONA ¿Y qué hace, qué hace?

AND. Nosotros quisiéramos saber... (Calla al entrar Ramón.)

RAM. (Entrando.) Don Joaquín, Dios le guarde.

JOAQ. Hola, muchacho. (Aparte á Antonia.) Largo, largo todo el mundo. (Antonia los hace salir acompañándolos hasta la puerta.)

RAM. Ustedes dirán.

ESCENA VI

ANTONIA, RAMÓN, DON JOAQUÍN y MR. ALBERT

JOAQ. Te explicaré en pocas palabras el asunto que aquí nos trae. (A Mr. Albert.) Iremos al grano. ¿No le parece?

MR. ALB. Como usted guste.

JOAQ. El señor llegó ayer de París y te trae un encargo de una prima tuya.

RAM. ¿Qué usted?... ¿Usted viene de parte de... de la Daniela?

MR. ALB. Sí, señor. El señor tuvo hace días carta de un colega de París, y como no contestaba...

JOAQ. Yo no creí que la pregunta del doctor había de tener consecuencias ..

RAM. ¿Carta de un médico? Pero si no sé... (Mirando á todos.)

ANT. Iba á decírtelo cuando llegaste, pero tú...

JOAQ. Yo te lo explicaré. El otro día recibí carta de un médico de París, que debe ser una celebridad, diciéndome que tu prima estuvo á las puertas de la muerte, y que encontrándose algo mejor, quizá viniera aquí para restablecerse (A Mr. Albert.) Decía, *quizá*...

MR. ALB. Sí, pero cuando á la señorita Daniela se le antoja algo, delo usted por hecho en el acto.

RAM. (A don Joaquín.) Siga usted, siga usted

JOAQ. Y me pedía informes acerca de las condiciones climatológicas y sanitarias de este pueblo. Yo pensé contestar á mi colega que...

MR. ALB. ¿Pero le ha contestado usted? (Don Joaquín dice que no con la cabeza.) Pues entonces es inútil la contestación.

RAM. (A don Joaquín.) Si usted me hubiera hablado de esa carta yo le hubiera contestado lisa y llanamente que...

JOAQ. Pero si estabas en la feria cómo había de hablarte...

ANT. Ayer vino á decírtelo.

JOAQ. Como supongo que sólo se trata de una consulta, y nada más, yo pienso contestar á la carta que (Ramón da muestras de impaciencia.) las condiciones sanitarias del pueblo, mírense del lado que se miren, son excelentes; y, por lo tanto, la enferma puede venir cuando quiera. (Mr. Albert ríe al oir al Doctor.)

RAM. No, no; permítame usted, don Joaquín: no me meto en que el pueblo sea sano ó no lo sea; pero me opongo en absoluto á que esa mujer venga á mi casa. Ya lo oye usted. (A Mr. Albert.) Y perdone mi franqueza. Puede usted decir á... la Daniela que no pondrá más los pies aquí, porque la cerraría mi puerta aunque estuviera muriéndose. Creo que hablo bien claro. (Se levanta dando por terminada la visita. Mr. Albert sigue sonriéndose, meciéndose en la silla con las manos en los bolsillos y mirando á don Joaquín.)

MR. ALB. Sí, sí, ya he comprendido.

JOAQ. ¡Hombre! Me parece... (Como si fuera á reñirle y reprimiéndose.) Aunque bien mirado, estas son cuestiones de familia en que yo no debo inmiscuirme.

RAM. (Con emoción creciente.) De familia no; la Daniela hace ya mucho tiempo que no es de nuestra familia. Durante muchos años la creí muerta... hasta que un amigo me contó que la había visto bailando en un café-concierto de no sé qué pueblo.

MR. ALB. ¡Oh! ¿Cuánto tiempo hará ya de eso?

RAM. Antes de conocer á ésta; (Por Antonia.) y hace doce años que nos casamos.

MR. ALB. Ya decía yo; porque ahora no sale de París, como no sea para alguna tournée en Alemania, Bélgica... (Ramón se encoge violentamente de hombros.)

JOAQ. Pues hemos acabado...

MR. ALB. (A Ramón.) La posición de ella ahora es muy diferente. . (Queriendo decir que está rica y puede luego arrepentirse de no haberla recibido.)

RAM. (Ofendido.) Mire usted... (Conteniéndose.) Que la curen los que fueron causa de su enfermedad. Nosotros somos muy felices sin ella... como ya ella lo ha sido sin nosotros...

JOAQ. (A Mr. Albert) ¿Quiere usted creerme? Pues vámonos... Este es muy testarudo. (Caminando hacia la puerta.)

RAM. ¡Don Joaquín! Si no fuera usted quién es, le diría...

JOAQ. Dilo, hombre, dilo.

RAM. Que es muy fácil ser generoso y tener gran corazón por cuenta ajena.

ANT. (Conteniéndole.) ¡Ramón!

JOAQ. ¿Qué sabes tú? ¿Qué sabes tú? Tú sólo has visto al mundo por un agujero. Se entra de muchos modos en la vida; unos nacen de cabeza; y otros nacen de pies, y no tienen más que echar á andar. Pero desgraciado del que al nacer trae herencia maldita de sus padres y de sus abuelos. De hombre á hombre hay muchas diferencias y yo te podría contar muchas cosas. Tú crees que los hombres son como esos rebaños que compras y vendes, y tan preocupado te tienen; que donde va una oveja van todas. Claro: hablarle de otra cosa á este egoísta que sólo vive para el negocio, es perder el tiempo; la cuestión es el corral, y los prados y engordar las bestias. ¿A quién se le ocurre traerle aquí á una pobre enferma? Una carga inútil, un estorbo á él, á quien todo prospera hace tantos años. Van bien los negocios, ¿eh? (Dándole golpes en el hombro.) Pues nada, nada; duro, duro... y que aumente la hacienda... y aprovecharse, que el tiempo es oro .. ¡Vaya conque adiós, adiós! (Mr. Albert, se burla disimuladamente de Ramón.)

RAM. Espere usted, don Joaquín .. no se marche... Si otro que no fuera usted me dijera todo eso que usted me ha dicho. acabaríamos muy mal... Pero con usted, ésta lo sabe, no

puedo enfadarme nunca. No quiero que este caballero me tome por lo que no soy ..

ANT. Cálmate, Ramón, cálmate.

JOAQ. Déjale que hable. Eso quiero yo, que se explique.

RAM. No me gusta hablar de eso... pero puesto que es preciso... (*Se encoge de hombros y se dirige á Mr. Albert.*) Escuche usted. Esa mujer le habrá dicho á usted que somos una familia desnaturalizada, que la abandonamos; y que al verse sola, la necesidad... la miseria...

MR. ALB. Pero, señores: yo no creo nada; yo no sé nada.

RAM. Pues nada de eso es cierto... la Daniela quedó sin padre ni madre, cuando tenía siete años... Su madre era muy buena; una infeliz que se empeñó en casarse con un perdido, medio francés, medio andaluz, que nadie supo de dónde venía. La madre murió de una paliza; y al padre, que era contrabandista, lo encontraron una madrugada en un barranco, entre Francia y España, muerto de una borrachera. A la chica, claro está, la trajimos á casa; mis padres la trataban como hija, yo como hermana; seis años la llevaba yo, y ya digo, la quería como hermana. (*Cada vez más emocionado.*) Pero como era muy rara y parecía tener raptos de locura llorando y riendo á lo mejor por cualquier cosa, mi padre le puso algunas veces la mano encima. Yo trataba de disculparla; pero el padre tenía tema con ella... y con razón... aunque algunas veces, la verdad, se excedía. Y vean ustedes si tenía razón mi padre, que allá para cuando cumplió los catorce años, un día pasaron por el pueblo unos cazadores franceses; al llegar la noche no encontramos á la Daniela por ninguna parte. Recorrimos el pueblo entero .. y nada... Yo creí que me volvía loco... llegué á imaginar que había rodado por algún despeñadero y el río la habría arrastrado... Y tan apenado estaba, que quise matarme; créanlo ustedes. Me había acostumbrado á vivir con ella, á sufrir sus rarezas y

no me conformaba á perderla... Aquellos días anduve de masía á masía, y de pueblo en pueblo, preguntando á todos por ella, hasta que supe que la habían visto atravesar la frontera en un carruaje, con aquellos franceses, loqueando y riendo con todos ellos... (A Mr. Albet) Y esa que usted conoce es aquella Daniela, por quien yo hubiese dado la vida... y que no se ha acordado más de mí, ni del pueblo. Y ahora que está enferma, sola, aborrecida de todos, quiere volver á esta casa. ¡Pues no será! Que se muera lejos y que la entierren en cualquier rincón que á mí nada me importa. (Siempre muy emocionado.) Yo tengo mi mujer y mis hijos y soy feliz porque creo en Dios y nunca hice mal á nadie, sino bien á todo el mundo.

ANT. (Calmándole.) Bueno. No hables más de eso. Ya ven ustedes cómo se pone.

JOAQ. ¡Ya, ya! No parece sino que es cosa de ayer, y hace más de quince años que pasó.

MR. ALB. (Siempre con sorna.) Aquí, señores, se está sufriendo una equivocación. (Por Ramón.) Este caballero, por lo que veo, cree que la señorita Daniela es pobre y que sería para él una carga pesada. No hay nada de eso. La señorita Daniela es rica, muy rica.

RAM. ¿Qué dice usted? ¿Que es muy rica? Pues peor entonces, menos quiero verla. ¿Qué se ha figurado usted de nosotros?

MR. ALB. (Con cinismo.) Pues, francamente, no lo comprendo.

RAM. ¿Y cómo hizo esa fortuna? Vamos á ver, ¿cómo la hizo?

MR ALB. Como se hacen muchas fortunas. Como se puede.

JOAQ. (A Mr. Albert.) Vámonos, vámonos.

RAM. ¿De modo que usted la defiende todavía, aun sabiendo lo que ahora sabe y conociendo la vida que después ha llevado?

MR. ALB. (Como la cosa más natural del mundo.) ¡Pero si todo eso que usted me ha contado me lo había contado ella muchas veces! ¿Y quién cree usted que soy yo?

JOAQ. (Insistiendo en llevarse á Mr. Albert.) Vámonos.

RAM. Sí, sí, don Joaquín; hágame usted el favor de llevarse á ese individuo.

MR. ALB. (Siempre cínico.) Ya ve usted cómo me trata. (A don Joaquín.)

JOAQ. (A Mr. Albert.) Sí, pero pongamos las cosas en su lugar. Yo recibí una carta de un colega de París; después me rogó usted que por tratarse de una enferma que iba á llegar al pueblo le acompañara á esta casa; nada más. Por lo tanto conste que yo no tengo otra intervención en este asunto.

MR ALB. Y yo por mi parte me lavo las manos.

JOAQ. Hará usted muy bien en lavárselas. (Ramón habla acaloradamente con Antonia que trata de sosegarle.)

MR. ALB. Soy un criado de la señorita Daniela y me ha encargado esta comisión. La hice y ya estoy de más aquí.

JOAQ. Así me parece. Y yo también he terminado con usted; muy señor mío. (Saludando ceremoniosamente.)

MR. ALB. Servidor de ustedes; pero debo advertirles que cuando menos lo piensen se encuentran aquí con la señorita Daniela.

RAM. Usted le dirá que no lo intente.

MR. ALB. ¿Yo? Ya les he dicho á ustedes que cuando se le antoja algo, puede ya darse por hecho. La última noticia que tengo es que ha salido de París; ya puede haber llegado, quizá esté aquí ya.

RAM. ¿Aquí? Aquí soy yo el amo y veremos. Usted lo pase bien, señor doctor.

JOAQ. Adiós, muchacho.

MR. ALB. Servidor de usted.

RAM. (Saliendo por el foro.) Dios le dé á usted mejor oficio.

MR. ALB. (Riendo.) ¡Gracias, gracias!

ANT. Usted, perdone, señor doctor; ya conoce usted su genio.

MR. ALB. (Andando hacia la puerta con don Joaquín.) ¿Supongo que me permitirá usted volver á la villa en su carruaje?

JOAQ. No hay inconveniente. (Desaparecen.)
ANT. (Arreglando las sillas.) ¡Cuánto me han hecho sufrir! (Sale por la derecha.)

ESCENA VII

MONSA y ANA

Vienen del exterior. Monsa trae á Ana de la mano. Caminan lentamente

MONSA (Acabando de enseñarle una canción.)
«Esto es milagro del cielo...»
ANA «Esto es milagro del cielo...»
MONSA «Milagro que Dios nos manda ..»
ANA «Milagro que Dios nos manda.»
¿Me enseñarás otra luego?
MONSA Sí, sigue:
«Ya descuelgan al doncel. .»
¡Anda, dilo!
ANA «Y ya cuelgan al doncel...»
MONSA Ya le descuelgan, digo.
ANA Ya lo cuelgan.
MONSA No; no. Atiende, mujer, no te distraigas:
«Ya descuelgan al doncel...»
ANA «Ya descuelgan al doncel.»
MONSA «Y cuelgan á la criada.»
ANA «Y descuelgan la criada.»
MONSA No. Y la cuelgan.
ANA ¿A quién?
MONSA A la criada, mujer.
ANA Sí, ya sé.
«Y descuelgan la criada.»
MONSA Vaya, dejémoslo estar, y que Dios haya perdonado á la criada. Pero si no atiendes, no te enseñaré más canciones.
ANA ¿Cómo que no atiendo? ¡Miren con lo que sale ahora!
MONSA ¿Y no pelearás más con Filomena?
ANA Si es que dice que es mejor pasanta que yo. Mira si se queja alguna cuando yo hago de pasanta.
MONSA Sí: la Filomena.

ANA «Y descuelgan la criada.»
(Reparando en la muñeca que está sobre una silla.) Mira la muñeca: tómala.

MONSA ¡Pobrecita muñeca! ¡qué frío va á tener sin ropa.

ANA Sí que lo tendrá. (La tapa con el delantal.)

MONSA Le haremos un vestidito, ¿eh?

ANA Pero de mujer grande; porque ella ya es grande. Ten las tijeras. ¿Y con bolsillos, verdad?

MONSA Con dos bolsillos. (Cortando la tela.)

ANA Y después la casaremos. ¿Quieres que la casemos? (Monsa sigue cortando sin responder.) ¿Con quién la casaremos?

MONSA Yo no sé: eso ella lo dirá.

ANA ¡Ella! Ella no dice nada; ella se casaría con todo el mundo. ¡Qué bonita va á estar! ¿Y por qué no quieres que la lleve á la escuela?

MONSA Porque te distraes con ella.

ANA Ya sé con quién la casaremos. Con el cabrito de casa de Pelucón. ¿Eh? ¡Con el cabrito de casa de Pelucón!

MONSA Bueno, sí.

ANA ¡Anda, qué pareja! Sólo que el cabrito es un demonio. Me la estropeará, hija, me la estropeará.

MONSA (Maquinalmente.) Sí, sí; tienes razón.

ANA ¿Y tú no te casarás nunca?

MONSA ¿Ves? éstas son las mangas.

ANA ¡Qué elegante estará la enredadora! ¡porque es más enredadora!... (Monsa no contesta.) ¡Monsa!

MONSA Ahora con cuatro puntadas... ya verás, ya verás...

ANA ¡Monsa! ¡Monsa!

MONSA ¿Qué?

ANA ¿Tú no te has casado nunca?

MONSA Nunca.

ANA Nunca, ¿eh? ¿Nunca?

MONSA No.

ANA Pues cásate, hija, cásate.

MONSA Sí, sí, bueno.

ANA ¿Y por qué no te has casado nunca? (Monsa calla.) ¿Por qué?... ¿por qué?... ¡dilo!

MONSA Verás qué hermosa está la muñeca.

ESCENA VIII

MONSA, ANA, VALERIO y después ANTONIA. Valerio entra muy resuelto; va hacia la derecha, y antes de desaparecer por la puerta corre hacia la izquierda y entra por una de las dos puertas de la izquierda

ANA — ¿A ver? (Mirando lo largo del vestido de la muñeca.) A mí no me gusta con cola.

MONSA — Sí, mujer, lo hacemos de cola.

ANA — No, hija, no; porque esta señora en seguida se revuelca por el suelo.

MONSA — (A Ana que le quiere quitar la muñeca.) ¡Suelta!

ANA — (Tirando de la muñeca.) Te digo que se revuelca por el suelo

MONSA — ¡Que te vas á pinchar!

ANA — Que no quiero vestido de cola.

MONSA — (A Valerio, que sale de la izquierda.) Valerio, ¿de dónde vienes tan sofocado?

VAL. — De meter un duro entero en la alcancía; de tan gordo como es, no quería pasar.

ANA — ¿Un duro? ¿Un duro entero?

VAL. — Sí; un duro que no es como los de por aquí. Me lo ha dado una señora muy guapa

MONSA — (Que sigue cosiendo.) ¿Quién dices que te lo ha dado?

VAL. — ¿Qué sé yo quién es? Me mandó el amo llegarme hasta el Pujal para ver si venía el rebaño. Pues... del coche bajaron dos señoras.

MONSA — ¿De qué coche? (Dejando de coser.)

VAL. — Si te lo estoy diciendo; que yendo al Pujal, me encontré un coche á la salida del pueblo, y del coche se apearon dos señoras. La más guapetona me preguntó que de dónde era yo, y al contestarle que de casa de Ramón Anglada, se puso á palmotear y á reir. Sí, sí, á reir diciendo: ¡Un mozo de casa Ramón! ¡un mozo de casa Ramón! ¡Mira tú qué cosa!

MONSA — ¿Y si fuese la Daniela?

ANA ¿Qué Daniela? (Monsa recoge la costura.)

VAL. ¡Cá! La Daniela es pobre, y esa señora me ha dado un duro por nada... Y me vuelvo al Pujal á ver si viene el rebaño. (Sale corriendo.)

ANT. (Viene por la derecha.) ¿Qué le pasa á Valerio?

MONSA ¿No sabes? Han llegado al pueblo dos señoras.

ANT. ¿Y piensas que tal vez?...

MONSA Si supiéramos que venía... ¡Bien pudiera ser ella!

ANT. ¡Ay, Virgen Santa! ¡Monsa, no me lo digas!

MONSA Pero como no sabemos de cierto que venga...

ANT. Sí, Monsa, sí. Está ya en camino. Lo ha dicho ese señor.

MONSA ¡Cómo me alegraría que fuera ella.

ANT. ¡Dios nos libre! Ramón no la quiere ver... Y si se atreve á venir...

MONSA ¡Qué alegría si es ella!

ANA (Que viene de la puerta exterior.) ¡Madre, madre! En la plaza hay dos señoras.

MONSA Voy corriendo...

ANA No te vayas, Monsa. (A Ana que volvía hacia la calle.) Tú, aquí quieta.

MONSA ¡La quiero tanto!... ¡Está tan sola como yo la pobre!

ANT. (A Ana que vuelve hacia la puerta.) ¡Ana!

ANA (Muy contenta.) ¡Vienen aquí, vienen aquí!

MONSA Ella es. ¡Qué hermosa está! (Va á salir y Antonia la detiene.)

ANT. Por amor de Dios, no me dejes. Ramón armará un escándalo.

MONSA Mejor sería que la dijésemos la verdad; que Ramón no la quiere en su casa.

ANT. No; delante de mí, no.

MONSA No la habría conocido. ¿Quién se atreve á echarla.

ANT. ¡Calla, calla! Ramón la echará. (Antonia se lleva á Monsa hacia la derecha, lejos del portón, donde queda Ana.)

ESCENA IX

ANTONIA, MONSA, ANA, DANIELA Y JEANNE

DAN. (Entra muy emocionada medio riendo, medio llorando.) ¡Ah! Pues no sé, no. Desde fuera me parecía... pero lo encuentro todo tan pequeño... (De pronto gran alegría.) ¡Sí, sí; es aquí, es aquí! Un día me caí por esa escalera. (Ríe y palmotea. Después repentinamente queda muy seria como si hubiera sentido una punzada en el corazón.) Aun se me conoce la señal en la frente. Y el padre de Ramón, mi tío, la bajaba poco á poco, poco á poco, pam, pam, pam... Ramón en cuatro saltos; y yo muchas veces á orcajadas en el pasamanos... Qué bien respiro aquí... y por el camino me ahogaba... (Ana ríe.) Mira este encanto como se ríe. (Fijándose en Antonia y Monsa.) ¡Ah! (Las saluda con ligera inclinación de cabeza.)

MONSA (A media voz.) Muy buenos días.

ANT. Muy buenos.

DAN. Buenos días. No quise que nadie me guiara. Bajé del coche á la entrada del pueblo y me dije: á ver si das con la casa, y ya ven ustedes, la encontré. (A Jeanne.) ¿No es verdad que la encontré yo sola?

JEANNE Sí, sí.

DAN. Pero juraría que todo es más pequeño. Esta sala me parecía antes tan grande, que no se acababa nunca. ¿Y Ramón? ¿dónde está? ¿dónde está?

ANT. Ahora vendrá. (Sigue hablando sola con Monsa.)

DAN. ¿Tú no te figurabas así la casa, verdad? Pues aquí está la salud. (Mirando alrededor.) Todo es salud aquí.

ANT. ¡Ana! Llama a tu padre. (Ana no la oye embebecida en la contemplación de Daniela.)

DAN. ¡Ramón! ¡Ramón! (A Antonia y Monsa.) No pueden ustedes figurarse la alegría que siento al llamarle.

MONSA Como nadie sabía...

DAN. (A Jeanne.) ¡Qué saltos me da el corazón! Me acuerdo de unas cosas tan raras... de cuando era niña...

ANT. Voy á llamarlo yo. (Sale por el fondo muy angustiada.)

DAN. (A Jeanne.) He vivido aquí muchos años... ¡Quién lo diría! No quería morirme sin volver á ver todo esto. (A Ana.) ¡Ven tú, ven acá!

MONSA Vé, mujer, vé. (Ana se acerca á Daniela.)

DAN. ¡Qué monísima es! ¡Qué bonita!

ANA Sí, señora.

DAN. ¿Y... quién eres tú?

ANA Soy la Ana. (Con prosopopeya.)

DAN. Oigan... ¡La Ana! (A Jeanne. Riéndose é imitando á la niña.) Dice que es la Ana.

MONSA Es hija de Ramón.

DAN. ¡Ah! (Con tristeza.) ¿Tiene una hija tan crecida? ¿Se casó, eh?

MONSA Sí, señora.

DAN. ¿Y usted será... su mujer?

MONSA ¡Oh, no! Yo soy... ¿No se acuerda usted de mí? ¡Monsa! ..

DAN. ¡Monsa!... ¡Monsa!... (Recordando.) No, no me acuerdo... Tengo tan mala memoria...

MONSA (Con tristeza.) ¡No se acuerda!

DAN. ¿Será usted aquella niña presumida que siempre andaba tan compuesta?...

MONSA No, no. Yo siempre fuí muy pobre. Yo era una... que la quería á usted mucho, mucho, mucho. ¿No recuerda? (Ana hace rato que enseña á Daniela su muñeca sin lograr llamar su atención hasta ahora.)

DAN. Quítame eso de delante. (Riendo.) ¡Si no tiene figura humana! ¡Yo te compraré otra muy hermosa... Ana! (Pronuncia el nombre con prosopopeya como antes y mirando á Jeanne.) ¡Es la Ana! (Se pone repentinamente seria.) No sé lo que me pasa. Río y no me falta nada para llorar. ¡Cuántos años pasaron sin acordarme de nada! Y ahora, si no veo en seguida á Ramón, creo que me moría. (Se lleva las manos al pecho.)

MONSA Siéntese usted.

DAN. (Sentándose.) *¡Jeanne!* Pronto... dame eso...

(Jeanne le da á oler un pomo de esencia que ha sacado del saquito de viaje.)

ANT. (Entrando, aparte á Monsa.) ¡Qué impresión le ha hecho la noticia! (Muy asustada.) ¡Ya viene!

MONSA ¿Le digiste que estaba enferma?

ANT. Sí, sí, pero á pesar de todo, ¡la echará! ¡la echará!

MONSA Voy allá... Eso no puede ser... (Se oye la voz de Ramón.)

ANT. ¡Ya está aquí!

MONSA (Deteniéndose.) ¡Alabado sea Dios!

DAN. (Al oir la voz de Ramón dirigiéndose á Antonia y Monsa.) ¿Es Ramón, verdad? ¡Sí, sí, es Ramón! ¡Qué alegría tan grande!

ESCENA X

DANIELA, ANTONIA, MONSA, ANA, JEANNE y RAMÓN

RAM. (A media voz entrando.) ¿Dónde está? ¿Dónde está?

DAN. (Echándole los brazos al cuello.) ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Ramón de mi alma!

RAM. (Rechazándola con violencia.) ¡Quita! ¡Quita! ¿Por quién me tomas? (Al empellón de Ramón, Daniela hubiera caído á no sostenerla Monsa.)

DAN. ¡Ah! ¡Dios mío!

MONSA (Indignada y á media voz.) ¡Mal corazón! ¡Qué mal corazón tiene este hombre!

ANT. (Aparte á Ramón.) (¿Qué haces, Ramón?)

RAM. (Muy emocionado.) ¡Ahora se acuerda... de nosotros! ¡Ahora! ¡Cuando ya nadie la quiere. (Al fijarse en ella, queda muy sorprendido de su hermosura.)

MONSA (A Jeanne.) Sentémosla aquí. (Bajo.) ¡Es una fiera! (Alto.) Yo la sostengo. Así está bien. (Antonia también se acerca á auxiliarla.)

DAN. ¡Me ha rechazado! ¡Me ha rechazado! (Poco á poco empieza á llorar. Pausa. Después pregunta á Monsa.) Pero, ¿qué le he hecho yo? ¿qué le he dicho? No, no debe ser Ramón, no. Ramón me quería, Ramón no me maltrataba... Y

cuando otros me maltrataban él me defendía... y lloraba de rabia cuando no podía defenderme. (Llora con desconsuelo.) ¡Ay! Jeanne, debí morirme en París .. Bien me decías que no viniese, que nadie me ampararía... No, no me quieren. . ¡Vámonos, vámonos! ¡Aquí me moriría! (Con desesperación.) ¡Y aquí no quiero morirme! ¡No! ¡A morir en la calle! ¡En la calle! (Se pone de pie, sostenida por las mujeres.) ¡Soltadme, soltadme! ¡Quiero irme! ¡Quiero salir de esta casa! (Vuelve á caer sentada en la silla.) ¡No puedo! ¡No puedo!

MONSA (Aparte.) (¡Malas entrañas! ¡Infame! ¡Mal hombre!)

ANT. (A Monsa, por Ramón.) Háblale tú. Convéncele. (Monsa, sin escuchar á Antonia, sigue al lado de Daniela. Antonia vuelve al lado de Ramón y parece suplicarle que no eche á Daniela.)

DAN. (Notando que Monsa llora.) ¿Tú también lloras? ¿Por qué lloras?

MONSA Por... usted. Porque la hacen sufrir.

DAN. ¡A ver! ¡Mírame! ¡Mírame!

MONSA ¡Pobre Daniela!

DAN. ¡Ah! ¡Ahora te conozco! (Seria y resuelta.) Por el llanto te conocí. Tú eres una que siempre llorabas por mí. (Enternecida.) Y que me engañabas llorando. ¡Tú eres tú! ¡La Monsa! ¡La Monsa! (Se abrazan estrechamente.)

ANA (A Ramón.) ¡Padre! (Ramón no le hace caso.)

MONSA ¡Sí, sí, yo era yo!

DAN. (Aun abrazadas.) ¡La Monsa! ¡La Monsa!

ANA ¡Padre! ¡No quiero que se vaya esa señora! ¡Me ha prometido una muñeca!

ANT. ¡Mira cómo está! ¡Pobrecilla! ¡No la eches ahora! (Ramón vuelve la espalda á Antonia para ocultar su emoción.)

MONSA (Corriendo hacia Ramón, suplicándole con vehemencia.) Escucha, Ramón. (El no se mueve y sigue sentado, con los brazos sobre la mesa.) ¡Escucha! (Se arrodilla á su lado, asiéndole las rodillas. Antonia se acerca al grupo de Ramón y Monsa, y Ana, que va á su lado, dice:)

ANA ¿Se irá? Madre, ¿se irá?

MONSA (A Ramón.) ¡Por el amor de Dios, no la eches!

¡Ten compasión! ¡Dí una palabra de consuelo á esa desgraciada!

RAM. ¡Desgraciada, no! ¡Es una perdida! (La última frase apenas se oye, porque Monsa le ha tapado la boca con su mano.)

MONSA ¡Calla! ¡Calla!

RAM. Una perdida, sí. ¡No sabes tú el daño que me ha hecho! ¡Ni tú lo sabes, ni ella tampoco! ¡Nadie lo sabrá nunca! (Daniela se levanta, sostenida por Jeanne y Antonia.)

MONSA Bueno, sí. Pero está enferma. (Siempre á media voz. Ramón se encoge de hombros.) Déjala estar aquí unos días... Por lo menos hasta mañana.

RAM. No sabes lo que pides. ¡Ojalá se hubiera muerto!

MONSA ¡Tú no eres malo! No quieras parecerlo.

RAM. ¿Qué sabes tú lo que soy?

MONSA Háblala. Dila algo.

RAM. ¡No, eso no!

MONSA ¡Por tus hijos, Ramón, por el amor de tus hijos!

RAM. (Con horror.) ¡Por el amor de mis hijos! ¡No sabes lo que dices! ¡Que se vaya! ¡Que se vaya! (La segunda vez lo ha dicho bajo, porque, al levantarse, él y Daniela se encuentran de frente.)

DAN. (Apartando á Monsa, que se interpone entre ella y Ramón.) ¡Sí, sí, ya me voy! ¡Déjale, Monsa! ¡Me voy, me voy! Pero antes de irme dejarme que le mire. ¡Hace catorce años que no le veía! (Va á replicar Ramón, y ella le interrumpe.) Por culpa mía, ya lo sé, solo por culpa mía. ¿Trato yo de disculparme? Bien sé que no merecíais que os dejase y huyera como una...

RAM. Como una...

DAN. Como una perdida. Dilo, dilo y no apartes los ojos para decirlo. ¡Mírame, mírame! Aun cuando sea para insultarme me gusta que me mires. Mirándonos veo al otro Ramón, que unas veces me protegía y otras veces peleaba conmigo. Yo le llamaba desde lejos, cuando venía del monte con su padre... (Imitando cómo le llamaba antes.) ¡Ramón, Ramón!

(Ramón, al oirse llamar, se vuelve instintivamente hacia Daniela.)

MONSA (Que ha notado el movimiento y cree que le va á insultar.) ¡No, no por Dios!

DAN. (Riendo nerviosamente al par que llora.) Y cuando llegaba me echaba á su cuello. ¡Ramón, he cogido violetas! ¡Ramón, te traigo fresones! Y con el afán de dárselos pronto, se los refregaba por la cara. Y otras veces: ¡He visto un nido de perdices, Ramón! Pues al nido. Y como las perdices escapaban desparramándose, á perseguirlas torrente abajo, encharcándonos, arañándonos, llenándonos de sangre entre los espinos, para coger las rezagadas; y en cuanto las agarrábamos, á soltarlas otra vez, para que gozaran de la vida las pobrecillas. Y yo un día también me escapé como ellas hacia el torrente; y después eché alas y volé, volé... no sé por dónde, hasta que me sentí herida; y antes de morir, he revoloteado como ellas hacia el sitio donde tuve *mi nido*, hacia esta casa. (Daniela ha ido bajando la voz; al decir «mi nido» se golpea el pecho, expresando la convicción de derecho que tiene de volver entre los suyos. Cuando dice «hacia esta casa», habla tímidamente, pensando, que la rechazan.)

RAM. Sí, sí; pero entonces nada te importó de mí, ni de mi padre ni de tí misma. Con el primero que te dijo vente, con aquel te fuistes, para ser una perdida. (Va hacia ella como si fuera á pegarla, pero revelándose en él el enternecimiento.)

DAN. Tienes razón, pero no me maltrates. Ya me voy, ya me voy. Ahora sí que no volverás á verme nunca; sigue, sigue siendo feliz como fuiste hasta ahora.

MONSA Déjale. ¡Vámonos, Daniela, vámonos!

DAN. ¡Jeanne! En seguida á la estación. Y otra vez á París, á vivir como vivía, á seguir siendo lo que era, lo que quiere Ramón que siga siendo, cuando me manda que me vaya.

ANA (A Antonia, en voz baja.) ¿Y la muñeca?

MONSA (Aparte.) ¡Ramón! (Viéndole la cara.) ¿Lloras? ¡Sí, sí lloras! (Satisfecha.)

RAM. Mira... que se quede. Pero que no sepa An-

tonia que yo lo he dicho. (Monsa corre á decírselo á Daniela.)

ANT. (A Ramón.) La dejas que se quede, ¿verdad?

RAM. (Esquivando la mirada de Antonia.) No sé... ¡Allá vosotras! ¡Haced lo que queráis!... Pero hasta mañana; nada más que hasta mañana.

DAN. (A Monsa.) ¡Ah! Sí, Dios mío, sí; porque me sentía morir.

MONSA Calla, no le digas ahora nada.

ESCENA XI

DANIELA, ANTONIA, MONSA, ANA, JEANNE, RAMÓN VALERIO. Después TOMASA, PONA, ANDRÉS y algunos hombres y mujeres más, y por último, MR. ALBERT cuando el diálogo lo indique

VAL. (Entrando á Ramón.) Está llegando el rebaño. He visto la polvareda.

RAM. Déjame. ¡Que llegue! (Pasándose la mano por la frente.) Antonia, aun no he visto al niño; vamos á verle

ANT. ¡Está más hermoso! (Entran los dos en el cuarto de la derecha.)

DAN. ¡Qué contenta estoy, Dios mío! Jeanne, ¿y mis equipajes? ¿Habrán llegado ya? (Jeanne sale por el fondo. Entran Tomasa, después Andrés, después Pona y otros vecinos. Jeanne, antes de salir, ayuda á Daniela á quitarse el sombrero.)

TOM. (A Monsa.) ¿Es esta señorona?

MONSA Sí, sí; pero no la molestéis; está muy delicada.

AND. Ya nos hemos enterado. Y es muy rica. Ahí fuera está un carro lleno de baules y de maletas

PONA (A Daniela.) Señora, muy buenos días.

TOM. Dios guarde á usted, señora. (Daniela contesta al saludo.)

DAN. ¿No decías que no sabía nadie mi llegada?

MONSA Ha traído la noticia un caballero.

DAN. ¡Ah, sí! ¿Y dónde está Albert? Todavía no le he visto.

PONA Si puedo ser útil... (A Monsa.)

MONSA — No, gracias.

MR. ALB. — (Entrando.) Gracias á Dios que encuentro á la señorita.

DAN. — ¿De modo que le envío delante para que prepare todo, y usted nada hace? Ni aun estaba en la estación para esperarme.

MR. ALB. — Creí que aquel tren ..

TOM. — Si me necesita la señora... (Daniela no le hace caso.)

DAN. — (A Mr. Albert.) Usted nunca sabe nada, ni me sirve para nada.

MR. ALB. — Estuve con el médico. .

DAN. — (Muy nerviosa) ¡Qué médico! Ahora mismo toma usted el tren, vuelve á París y despide á toda la servidumbre, toda, toda; y cierra la casa. ¡Ah, y me trae usted á Frou-frou! ¡Pobre Frou-Frou! Todo el viaje he pensado en él.

AND. — Si quiere usted hospedarse en mi casa, es muy grande y...

TOM. — En casa acabamos de encalar y las paredes están como la plata. (Entretanto Daniela, que no les escucha, saca un puñado de billetes de Banco que entrega á Mr. Albert.)

DAN. — Tome usted, y pague todo. Yo aquí me quedo por ahora. (Dirigiéndose á todos.) Hasta que levante un chalet aquí enfrente. Se llamará «Villa Daniela.» ¿Qué les parece? (Todos aprueban) Mañana mismo hablaré con un arquitecto, porque se ha de construir pronto, pronto. Y el día que se acabe la obra convido á todo el pueblo. (Gran algazara) Y habrá una fiesta que... (Llega Ramón; Monsa se dirige á él para recomendarle prudencia; Daniela calla al verle; Antonia que vuelve con Ramón, se dirigirá á la puerta del foro izquierda y dirá á Jeanne que entre allí los equipajes por ser aquel el cuarto que destina á Daniela.)

DAN. — (Yendo hacia Ramón lentamente.) ¿Ya no seremos enemigos?

RAM. — (Muy conmovido.) ¡No!

DAN. — Pues... ¡amigos!

RAM. — (Tomándole la mano que suelta en seguida.) Sí.

DAN. — Muy amigos, ¿verdad? muy amigos.

RAM. ¡Sí, sí! (La segunda vez con decisión. Antonia se acerca á ellos.) Mira, Antonia, mi mujer; la madre de ésta y de aquél. (Señalando á Ana y al cuarto de la derecha donde se supone estar el niño.)

DAN. (Con nobleza.) Seremos también buenas amigas. ¡Ya verás!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior. A la derecha de la escena una cuna en la que duerme un niño. Cae la tarde.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA, sentada cerca de la cuna, cosiendo. Después de levantarse el telón MONSA entrará por la puerta del foro que se supone comunica con el exterior. Se oye el martilleo de los picapedreros que construyen el chalet. Cuando el diálogo lo indique se escuchará en el exterior la voz de DANIELA

MONSA (Entrando.) No sé por qué duermes tan pronto á ese ángel de Dios. Así no es extraño que os dé malas noches.

ANT. Tienes razón.

MONSA ¡Claro, mujer! (Pausa.)

ANT. Lo mismo me decía antes Ramón.

MONSA Ya ves tú. También Ramón lo dice.

ANT. No; lo decía. Ahora no le importa nada de nada.

MONSA No lo creas, Antonia. Es que tiene muchos quebraderos de cabeza con esa casa que está haciendo Daniela... ¡Ha de ocuparse de todo!... ¡Y con el afán que tiene ella por verla pronto acabada!

ANT. Sí, sí; eso será. (Pausa.) ¿Y tú? ¿Ya despachastes á las chicas?

MONSA Por hoy, sí. ¿Y Ana? ¿Dónde está? Esta tarde no ha venido á la escuela.

ANT. Está en la obra con la Daniela y con su padre. ¡Por más que le digo que no se mueva de mi lado, nada! Esa mujer todo lo arrastra... Todo, todo lo arrastra... (Va cesando el trabajo de los picapedreros.)

MONSA ¿Oyes? Ya dejan el trabajo los albañiles. En tan poco tiempo ¡cuánto adelantó la obra! Apenas hace un mes que empezaron.

ANT. Mucho, mucho adelanta.

MONSA ¡Hay tanta gente trabajando!... Por cierto que al pasar me dijo la Daniela que te esperaban para cenar.

ANT. (Siempre con tristeza.) Sí, ahora, por capricho de ella, cenamos en el cobertizo, á la luz del día, viendo cómo se pone el sol. Y cada cena es una fiesta.

MONSA Mejor. Señal de que se va poniendo buena.

ANT. (Preguntándola de pronto.) ¿Y aun sientes lástima de la Daniela?

MONSA Siempre me dará lástima. Y no porque esté enferma, sino por la mala cabeza que tuvo.

ANT. Y yo ¿no te doy lástima?

MONSA ¿Tú? ¿Por qué?

ANT. Porque soy la mujer más desgraciada del mundo; porque Ramón ya no es el mismo para mí. Me lo ha cambiado, me lo ha robado esa mujer.

MONSA Pero Antonia, ¡por el amor de Dios! ¿Qué te pasa?

ANT. Sí, Monsa, sí. No conozco á mi Ramón. Siempre fué áspero y desabrido; no me importaba; era su modo de ser; pero ahora ni me habla, ni me mira, ni se ocupa de sus hijos, que todos sus pensamientos son para esa mujer.

MONSA Eso no es verdad; lo que quiere es que se acabe pronto la obra y se vaya ella á su casa.

ANT. Tú quieres engañarme, Monsa. A tí tampoco te gusta lo que está haciendo Ramón.

DAN. (Desde dentro.) ¡Antonia! ¡Que estamos cenando!

MONSA ¿Oyes? Ella misma te llama. ¡Anda, vé!

ANT. No, no voy. No puedo ponerle buena cara. Que cenen ellos: yo no les serviré de estorbo.

MONSA No tienes razón en eso que dices, Antonia.

ANT. Ya estoy cansada de sufrir. Delante de ella pediré á Ramón que la eche de casa; y si no la echa, cojo á mis hijos y me voy con ellos á mi pueblo, á casa de mis padres. ¡Y pensar que me empeñé tanto en que se quedara con nosotros! (Llora amargamente.)

MONSA Mira, Antonia, ten calma. Hablemos sin pasión; yo te convenceré de que todo eso son cavilaciones tuyas. Ella nunca supo disimular, y si... estuviera enamorada de Ramón, capaz sería de decírselo á todo el mundo.

ANT. Ya te voy entendiendo á tí también. ¡Como es rica!...

MONSA Y yo soy pobre ¿no es verdad? ¡Ahora sí que te compadezco! Muy desesperada debes de estar para hablarme de ese modo.

ANT. Sí, muy desesperada. ¡Tanto que quisiera morirme aquí, ahora mismo!

MONSA Sosiégate, que alguien viene. ¡Ah! El señor doctor.

ESCENA II

ANTONIA, MONSA, DON JOAQUÍN

JOAQ. (Aparte.) Aquí está Antonia.

ANT. (Sin levantarse del asiento.) Buenas tardes, señor doctor.

JOAQ. Como no te he visto cenando con la familia, dije para mi capote: puesto que ya has visitado á Daniela entra á saludar al ama de casa, y aquí me tienes.

ANT. Muchas, gracias, señor doctor.

MONSA Y á Daniela, ¿cómo la encuentra usted?

JOAQ. Contentísima; y sería la mujer más feliz de la tierra, si todos la ayudáramos un poquito á serlo.

MONSA Es decir que está ya completamente buena.

JOAQ. No; eso no. ¡Pobrecilla! Lo que hace falta es que procuremos entre todos que no tenga motivo de disgusto, que tratemos de no contrariarla en nada... ¿Oyes, Antonia?

ANT. Sí, señor, sí.

MONSA Bueno... pero usted cree que no está grave, ¿verdad?

JOAQ. ¡Grave, grave! (Resolviéndose a decir la verdad.) La Daniela no curará nunca. Me explicaré. Al día siguiente de llegar, recibí otra carta de su médico diciéndome que la enfermedad de Daniela, según yo tendría ocasión de ver, era mortal de necesidad, y que el mal estaba ya muy avanzado. (Hablando en voz baja.)

MONSA ¡Ay, Virgen Santísima! ¿Qué es lo que tiene, señor doctor?

JOAQ. ¡Qué es lo que tiene! ¡qué es lo que tiene! ¿Cómo os lo explicaré? Sufre del corazón... y cuando el corazón está lesionado tan gravemente...

MONSA ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cúrela usted, señor doctor, cúrela!

JOAQ. Pero chiquilla, ¿sabes lo que me pides? Es como si me dijeras: ¡vuélvase usted joven, señor doctor, vuélvase usted joven! Cuando nos empiezan á tironear del otro mundo, toda resistencia es inútil. Que no la molesten en lo más mínimo, vuelvo á repetir. ¿Me entendéis? A tí sobre todo te lo encargo, Antonia.

ANT. ¿A mí? ¿Y por qué á mí más que á los otros?

JOAQ. Encargo de médico, no te ofendas.

ANT. Está bien, está bien.

JOAQ. (Despidiéndose de Monsa.) No va por tí lo que digo. Tú eres una santa. (Haciéndole una caricia.)

MONSA Sí; buena santa nos dé Dios. (Apartándose.)

JOAQ. (A Antonia.) Tú también lo eres, sino que ahora andas un poco torcida. Y cuídate, que tienes mala cara. (Se dirige hacia la puerta.)

ANT. ¡Oiga usted, señor doctor! ¿Le ha encargado usted á Ramón lo que á mí me encarga?

JOAQ. Sí, él ha sido quien me rogó que te lo encargara, y hasta me dijo que te riñera un poquito.

ANT. (Reprimiéndose.) ¿Conque ha sido Ramón?

JOAQ. Quedamos en que te he reñido mucho y en que has prometido ser buena.

ANT. ¡Sí, señor, sí, señor!

MONSA ¡Muy buenas tardes, don Joaquín!

JOAQ. (Saliendo.) Aun he de hacer tres visitas. ¡Buenas tardes!

ESCENA III

ANTONIA y MONSA

ANT. ¡Ya lo has oído: ni está enferma, ni nada, esa sinvergüenza!

MONSA ¿Cómo que no está enferma?

ANT. No lo está, no; Ramón y el señor doctor se han puesto de acuerdo... quieren que me consuma y me muera de pena. ¡Ramón! ¡Ramón decir de mí lo que ha dicho al señor doctor! ¡Que yo tengo mal corazón!

MONSA ¡Pero si no ha dicho eso!

ANT. ¡Y que tú eres mejor que yo! ¡Y que yo he de hacer que sea feliz la Daniela!

MONSA ¡Antonia! ¡Escucha!

ANT. (Sin hacerla caso.) ¡Y es mi marido quien me lo encarga! ¡Que sea yo su criada, mientras ellos aquí, delante de mí!... ¡Infames! (Se oye en el exterior una carcajada de Daniela; después ríen Daniela y Ana.)

MONSA ¡Que viene la Daniela!

ANT. Pues no me verá llorar, que se alegraría.

MONSA ¡Por Dios, Antonia, ni una palabra! ¡Por tu bien! ¡Por el bien de todos!

ANT. ¡No, no! ¡Si estoy muy alegre! ¡Si me río como ella! (Ríe.) ¿Por qué no he de reirme yo también?

MONSA ¡Serénate, por Dios, serénate! (Antonia se sienta y vuelve á coger la costura. Monsa en otra silla continuará tejiendo.)

ESCENA IV

DANIELA, ANTONIA, MONSA y ANA que trae en brazos una muñeca grande y hermosa

DAN. (A Antonia) ¡Ya te podíamos estar esperando para cenar! ¿Ves? ya hemos acabado.

MONSA ¡Cenais tan temprano!...

ANA ¡Madre, madre! ¡He comido unas cosas más raras!

DAN. Todo le llama la atención á esta criatura.

ANT. ¡Ven acá tú! ¿Por qué no fuiste á la escuela?

ANA Estuve con padre

DAN. No la riñas. Yo tuve la culpa.

ANT. No tienes que estar con tu padre, sino conmigo. El niño, tú y yo, aquí en casa, ¿entiendes?

ANA ¡Que vas á pinchar á la muñeca!

DAN. (A Monsa.) He despedido á Jeanne, ¿sabes?

MONSA ¡Ah! ¿Sí?

ANA (Cogiendo la sombrilla de Daniela.) Dame; la llevaré á tu cuarto. (Daniela se deja coger la sombrilla sin darse cuenta de ello Ana la lleva a su cuarto.)

ANT. (Llamándola.) ¡Ana! (Al oirse llamar, Ana corre al cuarto de Daniela, deja la sombrilla y vuelve en seguida. Se ha de notar que prefiere siempre estar al lado de Daniela)

DAN. (Hablando de Jeanne.) Ya se fué. Tenía nostalgia. (Burlándose.) Se pasaba el día llorando, y yo no quiero á mi lado gente que llore, deseo ver á todos dichosos... (Con intención) Que todos me quieran, que nadie me aborrezca. ¡Qué cosa más extraña, Monsa! Necesitaba un cariño diferente del que allá me tenían. (Se acerca á la cuna y mira cómo duerme el niño.) ¡Cómo duerme el angelito! ¡Qué hermoso es! ¡Mirad, mirad lo que hace! ¡Estará soñando que regaña con los ángeles y pone unos hociquitos!... ¡Ay! ¡Que se despierta, que se despierta! (Mueve suavemente la cuna y canta á media voz.)

ANT. (A quien Monsa ha podido contener hasta ahora, se dirige rápidamente hacia la cuna.) No se despierta, no.

DAN. Sí, sí; no hagas ruido. (Sigue cantando.)

MONSA ¡Antonia! (Para que se contenga.)

ANT. (Haciendo un esfuerzo para contenerse) Déjale, déjale: á tí no te conoce.

DAN. (Á Monsa, apartándose un poco de la cuna.) ¡Cómo me gusta meter la mano debajo de la almohadita; siento un calorcillo que me enamora! (A media voz.) ¡Mira, mira á la Antonia! ¡Qué envidia la tengo! ¡qué envidia la tengo! ¡Qué feliz es con el niño!

MONSA (Que se ha quedado mirando á la cuna como Daniela.) Sí, sí; muy feliz... ¡cómo que es su hijo! (A media voz y con tristeza á Daniela.) ¡Qué hermoso es ser madre! (Muy íntimo.)

DAN. (Como avergonzada.) ¡Madre!... ¡Pts!... ¡Qué sé yo! (Lo dice con despecho y encogiéndose de hombros; después con un sollozo y volviéndose de espaldas para ocultar su emoción.) ¡Yo no lo sé! ¡Yo no lo sé! ¡Yo no lo sabré nunca!

ANA (A Daniela, dándole la muñeca, que Daniela toma maquinalmente.) Haz tú dormir á esta.

DAN. (Aparte.) (¡Pasan los años y el alma envejece!... ¡Sola, siempre sola!... ¡Sin amor verdadero!... ¡Sin nada mío!...) (Resbala la muñeca de sus manos y cae al suelo, sin que ella se dé cuenta.)

ANA (Recogiendo la muñeca y separándose un poco de Daniela.) ¡Me la va á matar! ¡Pobrecita mía! ¿Tienes tú pupa?

MONSA (Que se había quedado pensativa, hace un movimiento como si quisiera apartar de sí una idea dolorosa.) ¡Bah!... Ven, Daniela, ven. ¿Adelanta mucho la obra, no es cierto?

DAN. (Saliendo de su arrobamiento.) No lo creas... esa gente no se mueve... quería estrenarlo para la fiesta mayor, pero ¡cá!... (Está algo distraída mirando hacia la cuna.)

MONSA Si ya está muy próxima la fiesta mayor.

DAN. ¡Por eso me desespero!... Primero una piedra... luego otra... después otra... ¡qué fastidio!... ¡Yo que siempre lo hice todo!... (Completa la idea un movimiento.)

MONSA ¡Pero si solo hace un mes que llegaste! (Antonia vuelve á sentarse y á coser.)

DAN. (Con alegría.) Sí, sí, un mes. ¿Y no me encontrais muy cambiada? Hay momentos en que llego á creer que jamás salí de este pueblo... Cuando tomé el tren creí que me volvía loca de contento... Media hora después ya estaba arrepentida del viaje y quería retroceder. Empecé á echar de menos á Frou-frou, mi perro... qué tontería, ¿verdad?... pues no podía apartarle del pensamiento... tanto que Richard, Huguette, todos, querían consolarme. (Ríe de sí misma.)

MONSA ¿Quienes son esos?

DAN. ¡Ah! ¡Sí! (Riendo porque Monsa no la ha entendido.) Pues son mis compañeros de *troupe*, que venían en el mismo tren. Me aseguraron que al regresar á París se detendrían aquí para hacerme una visita... (Pequeña pausa.) ¡Frou-frou!... Figúrate que el pobre animal no se separó de mí durante toda mi enfermedad. . Llegué á creer que sin él me moriría de pena... Después me han escrito que se perdió... y ahora apenas si le recuerdo.

MONSA ¡Pobre animalito! (Antonia ríe sarcásticamente.)

DAN. (A Monsa.) Pero no vayas á creer por eso que tengo mal corazón. (Riendo.)

ANT. (Insistiendo.) Creo que habrás llorado más por el perro de lo que lloraste al escaparte de esta casa.

MONSA (Aparte.) (¡Ay, Dios mío!)

DAN. (Después de una pausa y muy conmovida.) Pues mira, lloré mucho. (Antonia se ríe.) ¡Mucho! ¡Mucho!

MONSA ¡Antonia!

DAN. (Con timidez.) Me fuí porque el padre de Ramón me pegaba. (Antonia hace signos negativos. Daniela se exalta.) Y porque yo era entonces medio loca: ya lo sé.

ANT. ¿Sólo entonces?

DAN. Tienes razón... Era muy loca, y aun no estoy curada del todo... No, no soy como vosotras... Mi cabeza no está firme... Hoy pienso una cosa, mañana otra... pero quiero ser distinta de lo que he sido.

ANT. ¿Quieres. . quieres?...

MONSA (Procurando desviar la conversación.) ¡Vamos, por Dios, dejar eso!

DAN. Y no lo dudes, he cambiado ya mucho. Y aunque no lo creas... lloré cuando me fuí de esta casa... Sí, sí; lloraba un día y otro día... lloraba sin consuelo... (Pausa Bajando la voz y enterneciéndose gradualmente.) Pero no lloré siempre .. Poco á poco fuí olvidando y reía... Reía... de todo y de todos... Después... después... ¡me parece mentira! pasaron muchos años sin acordarme de cuanto aquí dejé... (Tapándose la cara con las manos.)

MONSA (Procurando distraerla.) Bueno, bueno. Eso ya pasó... Ahora á cuidarse... ¿Cómo te encuentras hoy?

DAN. Estoy muy bien. Nada me duele. Son temores ridículos de mi médico de París... y del médico de aquí... (Con mucho cariño á Antonia, que desdobla unos pañales, cogiéndolos de una silla donde estaban) ¿Qué vas á hacer, Antonia?

ANT. Ocuparme de los míos... Voy á mudar al niño.

DAN. (Secándose los ojos apresuradamente.) ¿Sí? ¡Deja que lo mude yo! ¡Anda!

ANT. No, no... eso no...

DAN. (Con alegría y atolondramiento.) Si sé mudarle... verás, verás qué bien lo hago... Me recojo la falda y... ¿No se hace así, Monsa? (Antonia sigue preparando los pañales y la faja.)

MONSA Sí, sí, Antonia, déjala que lo haga ella.

DAN. (Sentándose con la falda recogida) Traédmele enseguida... Traémele, Antonia. (Antonia pasa por delante de ella para ir hacia la cuna. Daniela la coge del vestido.)

ANT. ¡Déjame en paz! ¡Suéltame!

DAN. (Suplicando.) ¡Por Dios, Antonia! ¡Déjame al niño! Yo le vestiré y luego le dormiré en mi falda. (Abrazando á Antonia)

ANT. ¡Te digo que me dejes!

DAN. ¿Por qué me tratas así? ¡Déjame al niño! (Riendo.) Pues si no me lo dejas lo cojo yo... ¡Verás cómo lo cojo! (Corriendo hacia la cuna.)

ANT. ¡Déjale! ¡Aparta! ¡Déjale!

DAN. (Llega á la cuna riéndose cariñosamente.) Ya le cogí... ya le tengo...

ANT. (Apartándola violentamente.) ¡Fuera de aquí! ¡Este niño tiene padre y madre! ¡Busca uno que no se sepa de dónde ha venido! ¡De los que tú conocerás!

DAN. (Cayendo sentada en una silla.) ¡Ay, Dios mío!... ¡Dios mío! .. (Llevándose las manos al pecho y con gran angustia.) ¡Se me parte el corazón!...

MONSA (Procurando tranquilizarla.) ¡Daniela!... ¡Daniela!

DAN. (A Monsa.) Tiene razón... Pero yo en su lugar no sería tan cruel.

ANT. (A Ana.) ¡Tú! (Ana no la hace caso.) ¡Ana! ¡Ayúdame! ¡Coge la cuna, te digo! Vamos á llevarla al cuarto. (Ana pone la muñeca atravesada á los pies de la cuna.) Cógela por los pies, anda! (Regañándola porque se distrae mirando á Daniela.) ¡Espabílate! ¡Anda, anda (Se llevan la cuna por la puerta de la derecha. Antonia sale caminando de espaldas y sin perder de vista á Daniela.)

DAN. ¡El alma se me va tras esa cuna!

MONSA (Pasándole la mano por los cabellos y teniéndola medio abrazada.) ¡Pobre Daniela! ¡Pobre Daniela!

ESCENA V

DANIELA y MONSA

DAN. ¡Ya es tarde para mí!... ¡Ya es tarde!...

MONSA ¡Oh, no!... ¡eso no!

DAN. (Acordándose de pronto de cuanto le ha dicho Antonia.) Pero, ¿por qué me trata así? ¿Por qué? ¡Ahora mismo voy á preguntarle...

MONSA (Deteniéndola.) No, déjala, déjala.

DAN. ¿Qué la hice yo? ¡Ni aun me deja mecer la cuna del niño! ¡No se la puede sufrir! Afortunadamente, Ramón es muy bueno.

MONSA Tranquilízate... Tenemos mucho que hablar.

DAN. ¡Oye! ¿Y tú, por qué me quieres tanto?

MONSA Porque siempre te he querido. . y porque... yo soy así.

DAN. (Pausa.) Sí... y yo soy de otra manera... (Vol-

viendo de pronto á su idea anterior.) ¡Esa mujer me matará! ¡Me aborrece, me aborrece! ¿Qué daño le hago yo queriendo al niño? (Cambiando nuevamente de idea.) Dime, ¿no has tenido nunca amante?

MONSA ¿Novio querrás decir?

DAN. Sí, eso; novio.

MONSA Uno tuve...

DAN. ¡Cuenta, cuenta! Aunque ya me lo figuro .. uno que prometió casarse contigo... tú cediste... y después... voló, ¿eh?

MONSA (Riendo con tristeza.) ¡Oh, no, no! (Daniela parece dudarlo.) Te digo que no.

DAN. No se puede confiar en ningún hombre. No saben querer, ¿comprendes? no saben querer. ¿Y dónde vive ahora ese?

MONSA En otro pueblo.

DAN. ¿Y por qué no os casastéis?

MONSA Fuimos novios y nos queríamos mucho. Pero supe un día que había engañado á una muchacha... que tenía un hijo... y no paré hasta que logré casarlos.

DAN. ¿Y tú?

MONSA Pobre y sola estaba antes de conocerle... sola y pobre quedé... y ahora enseño á las niñas del pueblo... Poco gano, pero con ese poco me basta; vivo con nada, como los pájaros; sino que algunas veces no llega ni aun para leña... (Riendo.) y entonces, cuando tengo mucho frío en la escuela, me rodean las niñas, muy juntitas, muy apretaditas, y con sus besos y sus abrazos espantan el frío. (Pausa.)

DAN. ¿Y qué te dice él cuando os encontrais?

MONSA (Con resignación) ¡Adios, Manuel! le digo yo... —¡Adiós, Monsa!— me contesta... y nada más.

DAN. ¿Y por qué no te casas con otro?

MONSA ¡Oh, no, no! ¡A él solo he querido... á él solo... y á nadie más!

DAN. ¡A él solo! ¡A él solo! (Baja la cabeza avergonzada; de pronto abraza á Monsa y le da un beso en la frente.) Eres una santa, Monsa, una santa. Tienes mi edad y me parece que beso á una

hija. (Pausa. Mira hacia el cuarto de Antonia.) ¡Me habéis hecho mucho daño!

MONSA ¿Yo, Daniela?

DAN. Antes Antonia... tú ahora. Tú más que ella, pobre Monsa. ¡Siento unos deseos de marcharme... si supieras!

MONSA ¡Marcharte! ¿Qué estás diciendo?

DAN. Yo no debí volver.

MONSA ¡Por el amor de Dios!

DAN. Me marcho á París, me marcho. Aquí todos me desprecian ó me aborrecen... Allí aun seré joven y hermosa. (Con atolondramiento.) ¡Me voy, me voy!

MONSA ¿Y la casa que estás haciendo?

DAN. Ni me acordaba de ella... (Preocupada con la idea de la casa.) ¡Y ahora que se acabará tan pronto!... El balcón aquel que ya están á punto de...

ESCENA VI

DANIELA, MONSA, RAMÓN y VALERIO. Este con varios rollos de planos y dos ó tres libretas

RAM. (Entrando.) Mañana traerán la balaustrada del balcón.

DAN. (Entusiasmada.) ¿Sí? ¿La del balcón central?

RAM. (Sacando una carta.) Carta del marmolista.

DAN. ¿La colocaran mañana mismo?

RAM. Mañana, si tú te empeñas.

DAN. ¿Y podremos asomarnos en seguida, ¿verdad? (Ramón hace signos afirmativos.) Pues nos asomaremos tú y yo los primeros. (Ríe con alborozo.)

RAM. (Riendo.) Muy bien pensado; así se hará. (A Valerio.) Deja eso aquí y ya puedes largarte. (Ayuda á Valerio á colocar los planos sobre la mesa. Valerio se va.)

DAN. Ya no me voy, Monsa, ya no me voy. (Con gozo y aturdimiento.)

MONSA ¡Qué pena tenía de que te fueras!

RAM. (Desdoblando los planos sobre la mesa y de espaldas á

las dos mujeres.) Tenemos mucho que hacer, Daniela; por eso he traído los planos.

MONSA (Aparte á Daniela.) Hemos de hablar de la Antonia... y de ese. (Por Ramón.)

DAN. ¿De qué se trata? Dímelo, dímelo.

RAM. (Contrariado y brusco.) ¡Monsa! ¿Todavía estás aquí?

MONSA Tú y yo solas. ¡Adiós, adios! (Sale coriendo.)

DAN. ¡Adiós, adiós!

ESCENA VII

DANIELA y RAMÓN

RAM. (Revolviendo los planos.) Ven acá; tienes que darme tu opinión sobre muchas cosas.

DAN. (Alegre.) Todo lo que quieras: ¡eres más bueno!

RAM. (Desarrollando el plano de la fachada del chalet.) Mira, fíjate.

DAN. Ya me fijo.

RAM. Dice el señor Felipe que si quieres que la torre remate como está aquí ó de esta otra manera.. (Desarrollando otro.)

DAN. (Mirando al primer plano.) ¡Más alta! ¡Mucho más alta!

RAM. Calma, mujer, calma. (Enseñándole otro plano.) Aquí está. ¿Que te parece esta otra torre?

DAN. ¡A ver, á ver! (Midiendo la torre.) Ten bien el papel; más derecho, hombre, más derecho. (Le da un golpe con el plano arrollado y ríe con estrépito. El sigue muy serio. Despues de medir la otra torre, ella dice:) Más alta, más alta. ¿Qué se ha figurado ese señor don Felipe?

RAM. Ya le he dicho que la querías más alta, pero me hizo la observación de que tal como está proyectada casi sería tan alta como el campanario de la iglesia.

DAN. Es decir, que ni aun ésta llegaría á la altura del campanario. Pues no la acepto, no la acepto. (Arrojando el plano sobre la mesa.) Yo quiero ver el campanario abajo, muy abajo.

Figúrate la torre muy blanca, muy esbelta y con sus tejas doradas allá arriba, allá arriba, y el campanario pequeño, rechoncho y negruzco allá abajo, como si fuera un chiquillo á quien la torre protejiera. (Bromeando.) Pero, ¿qué dices tú de eso?

RAM. No sé: ¡diría tantas cosas!... (Arrollando los planos.) Corriente; se hará como tú dices... y al que no le guste que se aguante.

DAN. ¿Qué dices?

RAM. Que al que no le guste que se aguante; no parece sino que todo el mundo tiene derecho á meterse donde no le llaman.

DAN. ¿Y en qué se meten?

RAM. En nada. Hablemos de otra cosa.

DAN. No, no. Quiero saberlo.

RAM. Pues te lo diré. El señor párroco dice que no puede consentir que la torre de tu casa avergüence al campanario de la iglesia.

DAN. ¿Que no puede consentir?... ¿Querrá ser el dueño de los espacios?

RAM. Pues hemos discutido mucho, mucho... Se metió en lo que no le importa... Y tanto dijo, que de no ser quien es, y de no recordar yo el respeto que se le debe, le hago trizas.

DAN. Hablastáis de mí, ¿eh?

RAM. De tí... y de otros.

DAN. ¿También le estorbo? ¿Y tú me defendiste?... ¡No me defiendas, Ramón; créeme, no me defiendas... no lo merezco!

RAM. Dejemos eso y vamos á otra cosa. Hice muchos pagos.. aqui tienes la nota. (Abriendo la cartera.) Y aun me ha sobrado mucho dinero. (Mostrando varios billetes.)

DAN. Guárdalo, que ya lo irás necesitando.

RAM. No, no, ténlo tú.

DAN. ¿Te ha dicho también el señor párroco que no me lo guardaras?

RAM. Mejor sería que no tuvieras un céntimo.

DAN. (Guardando el dinero.) ¡Pobre Ramón! ¡Tú si que me quieres! (Refiriéndose al cariño de hermano.)

RAM. (Con tristeza y sin poder disimular.) Sí, sí; aún te quiero. (Apartándose de ella.)

DAN. ¿Aún? ¿Por qué dices aún? (El se aparta haciendo violento movimiento negativo.) Será tal vez que *aún* me odies.

RAM. Tienes muchas ganas de broma y yo no estoy de humor para seguirla.

DAN. (Cariñosa.) ¡Siempre tan arisco! Lo mismo que cuando era un chiquillo. Has sido un erizo toda la vida: no sé cómo no te han salido púas por todo el cuerpo. Cuando yo quería acariciarte y te echaba los brazos al cuello riendo como una bienaventurada, tú bajabas la cabeza, poniendo cara de facineroso. ¡Mira, lo mismo que ahora! ¡Ay! ¡qué miedo!

RAM. (Con voz ronca.) ¿Y te atreves á recordarlo? (A media voz.) ¡Yo sólo te doy miedo!

DAN. (Riendo con cariño.) Pero á pesar de eso, siempre tan amigos, ¿verdad?

RAM. (Con sequedad.) Sí.

DAN. Porque ahora seremos siempre amigos... si tú quieres, se entiende... si no vuelves á martirizarme como el primer día. (En voz baja.)

RAM. (Con vehemencia.) ¿Me prometes, me juras que no te irás nunca?

DAN. Sí. De todo corazón te lo prometo; te lo juro; no me iré, no me iré nunca de aquí. (Todo esto dicho naturalmente sin el menor asomo de amor.)

RAM. ¡Gracias, Daniela, gracias! y... escucha. (Queda callado un rato no atreviéndose á decir lo que quería.) ¡Gracias, gracias, gracias!

DAN. ¿Qué ibas á decir?

RAM. Nada. Que me alegra mucho tu resolución.

DAN. No era eso lo que ibas á decir. Vaya, á decirlo en seguida.

RAM. Bueno, sí. No era eso lo que iba á decir... pero no lo diré.

DAN. ¿Que no? ¿Sería tal vez algo triste? (Con cariño y poniéndole una mano sobre el hombro.) ¡Quiero que lo digas!

RAM. ¡No, no. Tampoco cuando éramos chicos quise decírtelo nunca. (Ella aparta la mano del hombro de Ramón y se pone muy seria.) Y ahora... menos aún... Vaya, vaya, me voy... (Arreglando los rollos de papeles.) Ya hemos acabado la tarea.

DAN. Pues yo voy un rato á casa de la Monsa. (Va á salir.)

RAM. (Dejando los planos.) No; quédate un poco más... (Nervioso.) Me ocuparé en algo, y mientras tanto hablaremos.

DAN. (Con severidad.) ¿De qué?

RAM. ¡Bah!... de lo que tú quieras. (Se sienta.) ¡No te vayas! (Agitado al ver que Daniela se dirige hacia la puerta.) ¡No quiero que te vayas!

DAN. Pero si no tenemos nada que hablar.

RAM. (Violento y emocionado.) Te digo que no salgas, porque... cuando sales á estas horas, tengo miedo de que no vuelvas. (Rabioso.) ¡No te vayas!

DAN. (Se le queda mirando. Pausa.) ¡Ramón! (El se pone de pie y se pasea. Ella sigue mirándole.) ¡Escucha! (Deteniéndole.) ¡Una pregunta! (El se detiene.) Cuando me fuí de esta casa, ¿estabas... (Resuelta.) enamorado de mí? ¡Contesta!

RAM. ¿Yo de tí? ¿Si estaba enamorado de tí? ¿Y ¿por qué me lo preguntas?

DAN. No sé por qué... Porque se me ha ocurrido ahora... Y sentiría que así fuera y yo no lo hubiera sabido. (Anochece lentamente.)

RAM. ¿Y por qué lo sentirías?

DAN. (Queriendo cortar la conversación.) Por nada, por nada. Lo dije por decir algo.

RAM. (Ofendido.) ¡Ah! Ya me figuraba yo que lo dirías... por decir...

DAN. Pues te engañas. Lo sentiría, sí lo sentiría; porque si tú me hubieras enamorado, tal vez te hubiera amado yo, y sujeta aquí por tu cariño hubiera sido tu mujer, y Ana y el niño serían mis hijos... ¡Nuestros hijos, Ramón! Y ahora no lo son... ¡y ni aun consienten que los quiera! ¡Qué desgracia, Ramón, qué desgracia!

RAM. ¡Sí, sí, una desgracia; una desgracia muy grande! Yo no puedo callar más, no puedo, y quiero decírtelo todo. Sí, Daniela, sí; yo te quería, te quería con toda mi alma, y al marcharte sentí un vacío muy grande que nada podía llenar. Los primeros días quise buscarte allá, donde estuvieses, para matarte,

para besarte, para morir ó vivir contigo, ¡no lo sé! ¡no lo sé! Y cuando iba á la villa el corazón se me escapaba tras los trenes que pasaban hacia Francia. Pero no tenía bastante dinero para el viaje; y para tenerlo, jugué; jugué y perdí; tan loco estaba, que para jugar más forcé el escritorio de mi padre y robé; volví á jugar y á perder y á robar; y seguí robando y jugando y perdiendo. Hasta que una noche me cogió mi padre forzando su escritorio, enfrascado en mi tarea de ladrón, ¡por tí, Daniela, por tí! ¿Y sabes lo que hizo mi padre? Me puso la llave en la mano y me dijo con tristeza: ¿Por qué te lo llevas así, si todo es tuyo? y se marchó llorando. Dejé la llave en su sitio; la venda me cayó de los ojos y con toda el alma te maldije, te maldije, te maldije...

DAN. ¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío! (Pausa.) ¡Nunca me dijiste nada!

RAM. Porque no sabía decírtelo. Ni á mí mismo me lo había dicho.

DAN. (Riendo con tristeza.) ¡Enamorado de mí! ¡Y lo tuviste tan callado! ¡Quién había de decirlo! (Amargamente.) ¡Otros nunca me quisieron y me lo repitieron mil veces! ¡Y tú, tú has esperado catorce años para decírmelo! (Ríe con desconsuelo.)

RAM. (Ofendido por esa risa cuyo significado no comprende.) ¡Bien hice en callarlo! ¡No merecías, no, que te lo dijera! (Muy emocionado se dirige hacia la puerta.)

DAN. ¿Que no lo merecía? ¿Y por qué?

RAM. (Con desprecio.) ¡Te estás riendo de mí!

DAN. ¡Que me río! ¿Y no te da pena mi risa?

RAM. ¡No, ninguna! (Resuelto.) ¿Tú, pena? Nunca la sentistes por nada ni por nadie. (Ella ríe tristemente.) Tú fuiste siempre la misma. ¡Vete, vete donde quieras, vete! Mal empleada la compasión que en tí se pone... Si te hubieras casado conmigo, también me habrías dejado algún día para correr, para perderte como lo que has sido, como lo que eres... ¡Bien has hecho en reirte de mí, bien has

hecho! (Ella, limpiándose las lágrimas, se levanta, y acercándose á la mesa, empieza á romper los planos lentamente, sin cólera.)

DAN. ¡Está bien, está bien! Bien claro lo veo. Es tarde ya para vivir tranquila; no puede torcerse el agua de su curso, y aquí solo sirvo de estorbo. Nunca debe hacerse lo que yo hice, pero una vez hecho, imposible volver atrás; imposible, imposible...

RAM. ¿Qué estás haciendo? ¡Estás rompiendo los planos!

DAN. Tenía razón el señor párroco. Las piedras de la casa, todo cuanto aquí tengo se lo entregas; que derriben lo que haya edificado, y con los materiales de mi casa se levante el campanario. Yo quise remontarme, subir muy alto, y como no puede ser, á la tierra me vuelvo; en ella me arrastré, en ella he de seguir arrastrándome.

RAM. ¿Por qué dices eso?

DAN. No puedo hallar aquí el calor de familia que buscaba. Traigo conmigo la desgracia: para desgracia basta con la mía; no quiero compartirla con nadie. (Va obscureciendo.)

RAM. ¿Pero crees, Daniela, por lo que te dije, que te odio, que te aborrezco?

DAN. Lo creo... y quiero seguir creyéndolo siempre; odio, cólera, aborrecimiento.

RAM. Si yo no te aborrezco, si yo...

DAN. (Con energía.) Sí, sí; y ni una palabra más.

RAM. (Hablando al mismo tiempo que ella.) No te aborrezco, soy el mismo que era; arde mi corazón... cuando te hablo...

DAN. (Tapándose los oídos.) ¡No quiero oirte!

RAM. Yo por tí...

DAN. (Casi al mismo tiempo que lo anterior.) Te digo que no quiero oirte. ¡No, Ramón! (Con resolución.) ¡Ramón! (Los dos reprimen la voz al hablar durante esta última parte de la escena.)

RAM. ¡Me oirás, porque yo no quiero que te vayas!

DAN. Una palabra más y salgo de esta casa para no volver. (Él cae sentado.) Si lo sé todo, desgraciado; si hace ya un rato que lo he com-

prendido todo... y yo que he sido una mala mujer... (Él quiere interrumpirla.) Sí, sí; una mala mujer... pero aquí soy una mujer honrada, tan honrada como cualquiera y no quiero causar la desgracia de nadie. Vine implorando por caridad el olvido de lo pasado, y tú solo has visto en mí lo que fuí, la mujer fácil, la mujer de todos... ¡y yo aquí no quiero serlo!

RAM. ¡La mujer de todos! No: al revés. Pero si no sé cómo hemos llegado á decir estas cosas; yo quería ocultar lo que siento, porque lo que yo siento...

DAN. ¡No quiero serlo! (Refiriéndose á lo que dijo antes.)

RAM. (Desesperado.) ¡Si tú te fueses, Daniela!...

DAN. ¡No quiero serlo! ¡No quiero serlo! (Mira hacia la puerta como si quisiera huir.)

RAM. (Cogiéndola por un brazo.) ¡Aquí, aquí te digo, y me has de prometer otra vez que no te marcharás!

DAN. ¡Ya no puede ser, Ramón! ¡Ya no puede ser!

RAM. ¿Por qué?

DAN. ¡Te perderías, pobre Ramón, te perderías (Va obscureciendo más.)

RAM. (Resuelto.) ¡Pues bueno, que me pierda! ¡Ya nada me importa! ¡La suerte está echada!... (Va á seguir hablando.)

DAN. (Conteniéndole.) ¡Calla! (Señalando la claridad que viene del cuarto de Antonia.)

RAM. (Acabando la frase.) ¡Y quiero perderme!

DAN. (A media voz, señalando la luz que aumenta hacia el cuarto de Antonia.) ¡Mira, mira!

ESCENA VIII

DANIELA, RAMÓN y ANTONIA, que entra con un velón encendido. Daniela y Ramón se han separado al entrar Antonia

ANT. ¡Buenas noches nos dé Dios!

DAN. Buenas noches, Antonia.

ANT. (Deteniéndose.) ¿Estorbo?

RAM. Deja esa luz ahí...

ANT. (Pone el velón sobre la mesa.) No sé si te acordarás que mañana es la feria de Valclara.

RAM. Ya lo sé.

ANT. ¿No querías ir? Escribistes al mayorazgo Guillermas que te esperase allí.

RAM. No voy á Valclara. Ya no me hace falta.

ANT. Te lo digo porque hace tiempo que pensaba ir unos cuantos días á casa de mis padres, y si tú no vas á la feria...

RAM. Pues ¿y eso?

ANT. Ya sabes que padre está achacoso.

RAM. Como tú quieras. ¿Y quién cuidará al niño? (Volviéndose hacia Daniela, sin darse cuenta de lo que hace.)

ANT. Yo me llevo los niños.

RAM. ¡Ah, no, de ningún modo! ¡Los niños no se mueven de aquí! ¡Pues no faltaba más! Además, que te estorbarían en el viaje.

ANT. ¡Estorbarme mis hijos! Nunca me habías dicho eso, Ramón.

RAM. Pues ahora te lo digo. Y no se hable más. Los chicos aquí se quedan.

DAN. (Interrumpiendo á Antonia, que va á contestar.) Antonia, te tengo que decir una cosa... pero á tí sola.

ANT. ¿A mí? Lo que tuvieras que decirme, díselo á Ramón.

RAM. Ni á mí, ni á ella. Nada de secretos. ¿Lo oyes, Daniela?

DAN. (Resuelta.) Pues bueno, lo diré. Mira, Antonia, te pido que no te vayas. (Ramón da un puñetazo sobre la mesa.)

ANT. (Rápidamente.) ¡Ah, no; no me iré! ¿Dejando aquí los hijos de mi alma? De ningún modo. Una madre no abandona á sus hijos, Eso quizá un padre lo haga, pero una madre, no.

RAM. ¿Cómo un padre? Quiero yo más que tú á nuestros hijos. ¿Qué estás diciendo?

DAN. (Procurando calmarle.) ¡Ramón!

RAM. No he de consentir que me diga que no quiero á mis hijos. ¡Y ya se me acaba la paciencia! ¡No quiero ver malas caras! ¡Esta casa es ya un infierno!

ANT. ¡Yo soy la madre de tus hijos! Yo, y nadie más que yo. (Por Daniela.)

DAN. ¡Antonia, Antonia! Escucha. (Antonia, que se está limpiando los ojos, no la oye.) Mira, Antonia; ya lo tengo decidido. ¡Me iré yo! (Ramón quiere hablar Daniela, volviéndose hacia él, repite:) ¡Me iré yo! (A Antonia.) Y ahora te suplico que no me guardes rencor; no tienes razón para quererme mal.

RAM. No, Daniela, no; bien sabes que yo... (Calla al ver que Antonia le está mirando.)

ANT. ¿Tú, qué, qué? ¡Atrévete á decirlo! ¡No lo dirás, no! Pero no hay necesidad de que lo digas. Ya no me engañas, como no me engaña ésta. Bien la conozco. (Riendo forzosamente.)

RAM. ¡Calla, calla!

DAN. Déjala hablar.

ANT. A tí sí que te está engañando. ¡Embaucado te tiene!

RAM. ¡Antonia!

DAN. (Fuera de sí.) ¿Y crees que nada me tienes que agradecer? ¿No ves ahora en mí ningún sentimiento honrado, infeliz?

ANT. ¿Qué he de agradecerte? Que te vayas de esta casa.

DAN. (Resuelta.) ¡Sí, me voy!

RAM. (Furioso, á Antonia.) ¡Vete, vete á tu cuarto!

ANT. (Rebelándose.) ¡Que salga de esta casa!

RAM. (A Antonia.) ¡Fuera de aquí te digo! (Señalando la puerta de la derecha.)

ANT. ¡Pégame! ¡Mátame! Ya he sufrido bastante.

RAM. (Amenazándola.) ¡Que te vayas! ¡Que te calles!

DAN. ¡No, Ramón!

ANT. ¡No me defiendas! ¡Sal de esta casa!

DAN. Si te digo que sí, que me voy en seguida. ¡Mira! (Dirigiéndose hacia la puerta.)

ANT. No puede vivir sin cortejo, y como no encuentra en otra parte, viene á buscarlo aquí.

DAN. (A Ramón, que quiere detenerla.) Me voy, porque si no me fuese me vengaría. ¡Y, hay de ella!

ANT. ¡Y me amenaza! (Riendo con rabia.) ¡A mí!

DAN. (Levantándose y dirigiéndose hacia Antonia.) Sí te amenazo porque no puedo ya más, y...

ESCENA IX

DANIELA, ANTONIA, RAMÓN, VALERIO y después HUGUETTE MAX y RICHARD

VAL. (Entrando. Los que estaban en escena han callado al verle entrar.) Ahí fuera preguntan por la Daniela una señora y dos caballeros:

RAM. (Queriendo echar á Valerio.) ¡Vete, veté! (Se oyen fuera varias voces.)

VAL. ¡Van á entrar!

ANT. No me quitarán mis hijos. No se los robarán á su madre.

MAX ¿Dónde está Daniela?

HUG. ¡Daniela, Daniela!

DAN. Los conozco, son mis compañeros. Que entren, que entren.

MAX (Entrando el primero.) ¡Aquí está Daniela!

HUG. (Entrando.) ¡Ya es nuestra!

DAN. (Con intención.) ¡Qué alegría, qué alegría me dais! (Viendo á Richard.) ¡También Ricardo!

RICH. (Con seriedad afectada siempre.) ¡Dios guarde á tan egregia señora! (Todos hablan al mismo tiempo pronunciando frases indiferentes.)

DAN. (Dando la mano á Richard.) Aprieta, aprieta firme. ¡Y muchas gracias por vuestra visita!

HUG. No lo creías, ¿eh? ¡Y qué morena estás! ¡Espléndidamente morena!

DAN. (Con alegría nerviosa.) Sí, sí; estoy muy buena.

RAM. (Que arregla los planos fingiendo una ocupación. Aparte.) ¡No se irá! ¡Yo impediré que se vaya! (Vase por el foro.)

MAX Nos ha ido muy bien. Gran éxito en Barcelona y Valencia. En Madrid un alboroto. Y ahora á casa de retirada.

DAN. ¡Vosotros sí que me queréis!

MAX ¿Y cómo me encuentras? ¿La voz siempre magnífica? (Hace una escala gritando con fuerza.)

DAN. ¡Magnífica, soberbia!

HUG. Canta como un risueñor.

MAX Tomamos el correo y tenemos cuatro horas hasta que pase el exprés.

DAN. (Riendo y enjugándose los ojos disimuladamente.) No os podéis figurar lo que me alegro de veros. (Dando con un pie en el suelo, al ver que no puede contener el llanto.) Contenta, contentísima, aunque después me muera. (Riendo.) ¡Bah! ¡Qué importa! (Huguette, Max y Richard se miran dando muestras de extrañeza.)

MAX Mira, Daniela. Tú estás nerviosa y si hemos llegado inoportunamente...

DAN. Lo más oportunamente posible. Aconsejadme vosotros, aconsejadme.

MAX Pero si no sabemos... ¿Verdad, Richard?

RICH. (Siempre con gravedad cómica) Habla y serás oída.

DAN. Me encontrais en una gran tribulación... No sé cómo explicaros...

MAX (Confidencial.) ¿Te se acabó el dinero?

HUG. (Lo mismo.) ¿Estás enamorada?

DAN. No, no. Yo vine aquí buscando reposo y salud, y he traído la desgracia á esta casa... Porque no me han comprendido... porque se empeñan en ver en mí lo que aquí no quiero ser.

HUG. ¡Hipócritas! ¿Te echan? Y ellos quizá sean peores.

MAX ¿Quieres creerme? Vuelve con nosotros y ¡á vivir! Esas delicias de la vida campestre no están para nosotros. Si ya no gustaras allí, si te hubieras torcido un pie, si estuvieras vieja ó fea, yo te aconsejaría que te quedases aquí, si ese era tu gusto; pero no siendo así, encontrándote aun joven, bonita y bastante rica por añadidura, busca un marqués sin escrúpulos, de esos que no gustan de saber historia antigua y cásate.

HUG. ¡Ah, no! Debe casarse por amor. Sin amor no existe la felicidad. ¡Sólo se vive para amar!

RICH. ¡Oh! ¡El amor! (Golpeando la pipa en la mesa.)

DAN. No me entendéis, no me entendéis.

MAX Que hable Richard. A ver, ¿tú qué harias en su caso?

RICH. ¿Yo?... (Fumando con mucha pachorra) ¿Yo?...

MAX ¡Sí, hombre, tú!

RICH. Que se explique mejor. No me he enterado de lo que dijo. Y sobre todo las explicaciones son inútiles. (A las otros.) Tirais un luis al aire, y hasta que haya caído no podéis averiguar si será cara ó cruz: pues lo mismo es esta; el luis está en el aire, solo la casualidad hará que muera arrodillada en una iglesia, envuelta en la mantilla y dándose golpes de pecho, ó que reviente de tanto bailar en un escenario.

DAN. No es cierto eso. Pienso las cosas... Reflexiono...

RICH. Sí, mientras el luis está en el aire. (Ramón se pasea por delante de la puerta, observando á Daniela.)

DAN. (Que á visto á Ramón.) Pues nada; ya está decidido; me vuelvo á París.

RICH. ¡Cara, cara! Ya está el luis en el suelo. (Sigue fumando sin reir. Los demás bromean con gran algazara.)

HUG. Sí, sí, á París, á París.

MAX Yo te buscaré empresario.

DAN. (Con orgullo recordando su vida.) ¡Siempre tengo cuantos quiero! En cuanto sepan que he llegado, ya veréis cómo acuden. (Dicho alto y con orgullo al ver á Ramón en la puerta del foro.)

ESCENA X

DANIELA, HUGUETTE, RICHARD, MAX. Cuando se indique RAMÓN y VALERIO. Ramón aun no ha entrado en escena

RICH. ¡Bravo, bravo! (Todos aplauden y ríen.) Y ahora te diré una cosa. ¿Lo digo? (Lo pregunta á los otros; todos dicen que sí. Daniela ríe nerviosamente.) Pues lo diré. Te vas de aquí porque temes enamorarte.

HUG. (Riendo.) ¡Ella enamorada!

MAX ¿Tú enamorada?

DAN. (Violenta.) No es verdad. (Los otros siguen la broma. Entra Ramón.) ¡Callad! ¡Callad! (Siguen bromeando.)

RAM. (Seguido de Valerio.) ¡Bueno! Ya todo está listo. Puedes acostarte, que yo cerraré.

VAL. ¡Pues buenas noches! (Sale Valerio por una puerta de la izquierda y cierra por dentro. Ramón se acerca á la mesa y observa la escena bajo pretexto de arreglar los planos Los demas siguen la conversación prescindiendo de él, menos Daniela, que le vigila y va exáltándose. Cuando Ramón se entera del giro de la conversación acaba por sentarse á la mesa, fingiendo escribir ó leer)

MAX (A Richard.) ¿Pero será eso cierto? (A media voz)

RICH. (Idem) Soy gato viejo.

HUG. (A Daniela.) Cuéntánoslo. (Van alzando la voz.)

DAN. Pero si no es verdad. Y en prueba de ello... venid. (Los lleva lo más lejos posible de Ramón.) Ahora mismo me voy con vosotros á París. (Alegría de todos.)

MAX ¿Ahora mismo? (Daniela hace señas de que sí y de que se callen.)

HUG. ¿Vienes de veras?

DAN. Hablad bajo; no me conviene que se sepa.

RICH. ¿Por qué, si no es un secreto? (Con intención. Ramón se revuelve en la silla.)

DAN. Ya os lo diré durante el viaje. ¿En qué habéis venido hasta aquí?

MAX En un carruaje de la estación.

DAN. ¿Os espera?

MAX Sí; el exprés pasa á media noche. (Daniela sigue hablando con Max en voz baja.)

HUG. (Acercándose á Richard, que pasea observando á Ramón.) ¡Cuánto siento irme sin conocer al enamorado.

RICH. (Aparte á Huguette.) (¿Le quieres conocer? ¡Mírale!)

HUG. (Brlándose) ¡Uf, qué ordinario!

DAN. (Siguiendo su conversación con Max.) Salís vosotros y yo digo que voy acompañándoos hasta la estación.

MAX (Riendo.) ¡Muy bien combinado! (Richard ha seguido hablando con Huguette, mirando á Ramón y riendo.)

RICH. (A Huguette.) ¡Déjame á mí, veras! (Se acercan los dos á Ramón y Richard dice alto como siguiendo una conversación.) Es claro, si...

HUG. Es natural. .

RICH. Y Daniela hace muy bien en venirse con nosotros á París.

RAM (Pega un golpe en la mesa y se pone de pie.) ¡Eso es mentira! (Sorpresa de todos.)

RICH. Usted perdone. No he creído ofenderle.

DAN. ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

RAM. Nada, no es nada. (Reprimiéndose.) Creí haber oído... No hagas caso... Estaba mirando estos papelotes.. Tenemos que resolver en seguida. (Muy excitado.)

DAN. (También excitada.) No hay prisa. Ahora no estoy para eso...

RAM. Bueno. Esperaré que...

DAN. Sí, luego. Vamos, os acompañaré hasta el coche. (A Ramón.) Cuando vuelva nos ocuparemos de eso.

RAM. (Con intención.) Yo iré también. Te acompañaré. Está la noche muy oscura y es bueno tomar precauciones. (Saca un revólver del bolsillo y lo pone sobre la mesa.)

HUG. (Con miedo.) ¡Un revólver!

DAN. Guarda esa arma y espérame aquí. Yo no tengo miedo.

RAM. Esperarte aquí, no. En cuanto al arma ya la guardo. (Vuelve á meterla en el bolsillo.) Con las manos me basta, con estas manos que tantas veces te han levantado en el aire cuando aún no sabías volar. (A Huguette.) Y usted, señora, no tenga miedo que no he de hacerla ningún mal; ni á estos señores tampoco. (Daniela cae sentada en una silla.)

MAX Claro que no. (Bromeando.) Además seríamos dos contra uno.

HUG. (Burlándose.) ¡Max! ¡Max valiente!

RAM. (Con desprecio.) Ustedes están anémicos, metidos siempre en la humareda de los teatros. Aquí nos fortalece el aire de las montañas y no hay alimaña que nos haga cara. Ustedes matan y mueren en broma. Un cañonazo es un golpe de bombo. Cae el telón y los muertos se levantan sacudiéndose la ropa.

RICH. Me gusta, me gusta este hombre.

HUG (Riendo con miedo, aparte.) A mí me asusta. (Alto.) Vámonos.

RAM. Por mí cuando ustedes gusten. (Encendiendo el farol.) Les alumbraré. (Resuelto.) Y tú, Daniela, no te muevas de aquí. (Daniela se levanta.) La noche está fría. (Ella va á replicar. El la interrumpe con energía.) Te digo que está la noche muy fría.

RICH. (Conteniendo á Daniela que iba á replicar.) Pero si aún es temprano. Mejor esperaremos aquí que en la estación. Yo me vuelvo á sentar.

DAN. No, es inútil fingir más. Ya dura demasiado esta broma. Hemos acabado.

RAM. ¿Qué es lo que se ha acabado?

DAN. Todo. Tú sabes que no debo estar aquí un momento más. ¡Vámonos! (Nadie se mueve.)

RAM. (Exaltándose.) ¡Pero no oyen ustedes á esta mujer! Por Dios, que al lado de ustedes aprendió bien á fingir. Pero no te irás; te juro que no te irás otra vez. (Va hacia el cuarto de Antonia y cierra la puerta con llave.)

DAN. (Con energía.) Ramón; ya sabes que no puedo quedarme, que debo irme.

RAM. (Furioso.) ¡Mentira! ¡Eso es una mentira y una farsa indigna! Te vas porque me has engañado; me decías que ya eras otra; y en cuanto ves á esta gente vuelves á ser lo que fuiste...

DAN. ¡No, Ramón, no!

RAM. Viviste en el fango, y cuando el fango pasa por delante á él te arrojas. Confiésalo, miserable, confiésalo y te dejaré marchar, y hasta te empujaré para que salgas más aprisa

DAN. (Después de mirar con espanto al cuarto de Antonia.) Pues te lo diré, te lo diré. Que echo de menos mi antigua vida; que soy la que fuí y que quiero seguir siéndolo. Quiero vivir y gozar.. y morir con los míos... con vosotros. (Echándose en los brazos de sus antiguos compañeros.) Sí, sí; llevadme lejos; pronto, compañeros, pronto; ¡llevadme, llevadme! (Abrazada á Huguette y Max.)

MAX ¡Salgamos! (Richard sigue sentado.)

RAM. Así me gusta, así. Esa misma cara debías tener cuando huiste la otra vez. ¡Y yo que había esperado!...

DAN. (Riendo estrepitosamente y llorando al mismo tiempo.) Que sería una infame, ¿verdad? ¡Más infame aún de lo que soy!

RAM. No, no. Que te habías transformado, que ya eras otra.

DAN. (Indignada.) ¡Que ya era otra dice! ¡Quería que me transformara! ¿Y sabeis cómo? ¡Pretendía que fuera su manceba, que ocupara el puesto de su esposa.

RAM. ¡Calla, calla! (Lo ha repetido varias veces mientras Daniela ha dicho lo anterior. Los demás se burlan de Ramón disimuladamente.)

DAN. Eso, eso es lo que me proponía, ¡para honrarme!... ¡para regenerarme!

RICH. (A Ramón.) ¿Esa es la pura honradez de los campos? (Riñéndole con indignación fingida.)

RAM. ¿Qué saben ustedes lo que siente mi alma?

MAX (A Huguette.) ¡Bonitas teorías regeneradoras!

RAM. Esta es una maldición que me cayó en el alma y que esta mujer trajo á mi casa.

RICH. ¡Si parte el corazón! ¡Pobre mozo!

TODOS ¡Já, já, já!

DAN. (Levantándose indignada.) ¿Qué es eso? ¿Os estais burlando de este hombre? ¿Pero no comprendéis que son gritos que se le escapan del alma?

RAM. ¡Por tí, por tí! (Ellos procuran contener la risa.) Míralos, míralos cómo se ríen. Pues, ¡vive Cristo! que no se reirán más. (Dando un paso hacia ellos.)

DAN. (Poniéndose delante de Ramón.) ¡Infames! (Siguen riendo agrupados.) ¡No os riais, canallas!

RAM. (Queriendo precipitarse sobre ellos.) ¡Voy á matarlos!

DAN. ¡Quieto! ¡Te lo mando! Para esos yo me basto. (Huguette, Richard y Max se dirigen lentamente hacia la puerta, andando de espaldas y muy juntos.)

RICH. ¡Telón! ¡Telón!

DAN. ¡Fuera de aquí, canalla, fuera de aquí!

MAX (Siempre riendo.) ¡Pero Daniela!...

HUG. Si yo no me reía. (Riendo.)

DAN. Fuera; tú eres como ellos.

HUG. (Desvergonzada.) Y como tú.

DAN. Largo, he dicho. (Va retrocediendo hasta llegar á la puerta.)

RICH. (Que sale el último.) ¡Todos somos unos! ¡Todos somos unos! (Saluda ceremoniosamente y da una carcajada al volver la espalda para salir.)

MAX (Riendo tambien.) ¡Perdónenos usted, señora, perdónenos usted!

DAN. ¡Al fango, carroña! (Daniela cierra la puerta. Se oyen las carcajadas de los tres que se alejan. Volviéndose á Ramón.) Ya lo ves... ¡me quedo!

ESCENA XI

DANIELA y RAMÓN

DAN. (Muy fatigada, sosteniéndose en la mesa y respirando con dificultad.) Sí, sí: me quedo porque me das lástima. Ya conseguiste lo que querías: me das lástima.

RAM. Gracias, Daniela, gracias. Te lo agradezco y me vuelves loco de alegría. Mira, ya todo calla, solos estamos... los dos solos... después de tantos años.

DAN. (Indignada.) ¿Qué? (Retrocediendo delante de él, sosteniéndose en los muebles.) No, Ramón, no. (Va hacia su cuarto.)

RAM. ¡Daniela, Daniela! ¡Por Dios, escúchame!

DAN. No, ni una palabra; hoy me habéis acortado la vida... no quieras acabar de matarme.

RAM. ¡No, no!

DAN. Déjame morir con mis tristezas; no me mates de desesperación.

RAM. ¡Te vas á caer! ¡Yo te sostendré!

DAN. ¡Aparta! ¡Aparta! (No puede sostenerse.)

RAM. ¡Yo te sostendré! ¡yo te sostendré!

DAN. ¡Déjame, déjame! (Está casi desmayada. Ramón la sostiene para que no caiga y la va llevando lentamente hacia su cuarto.)

RAM. ¡Te amo! ¡te amo!

DAN. ¡Tu familia, Ramón, tus hijos!

RAM. ¡Calla, calla! ¡Ven, ven!

DAN. ¡Por Dios, Ramón!

RAM. ¡Calla, no quiero oirte! (Llegan hasta la puerta del cuarto. Ramón luchando la da un beso.)

DAN. (Resistiendo.) ¡No, no!

RAM. ¡Ven, ven!

DAN. (Escapándose de los brazos de Ramón.) ¡No, no! (Corriendo hacia el cuarto de Antonia.) ¡Antonia, Antonia!

RAM. (Corriendo tras ella.) ¡Calla, calla!

DAN. ¡Antonia! ¡Socorro! ¡Antonia!

RAM. ¡Dios mío, Dios mío!

DAN. ¡Vé con los tuyos, ó grito!

RAM. ¡Condenación!

DAN. ¡Me ahogo, me ahogo! ¡A morirme sola! A morirme! ¡A morirme! (Abre la puerta del cuarto de Antonia y se oye á ésta mecer la cuna y entonar una estrofa del canto de cuna «La mare de Deu».)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos actos anteriores. El cuarto de Daniela estará cerrado; el de Antonia abierto. La cuna estará en el mismo sitio en el que aparece en el acto segundo, pero vacía. La mañana de un día nublado.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA, ANA y varias NIÑAS

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Atraviesan dos Niñas por la parte exterior de la puerta del foro; después tres más, cogidas de la mano

NIÑA 1.ª (Pasando por el foro.) Vamos, que es tarde.

NIÑA 2.ª (Refiriéndose á la Niña 3.ª) Es ésta que no se mueve. (Llega otro grupo de niñas que se detiene en la puerta.)

NIÑA 3.ª (Gritando.) ¡Ana, Ana! (Se agrupan todas las niñas en la puerta. Algunas llevan rebanadas de pan en la mano.) ¡Que te va á reñir la señora Monsa!

NIÑA 4.ª ¿Te has dormido, perezosa?

ANA Ya voy. Estoy acabando el chocolate.

TODAS (Hablando á la vez.) ¡Ana! ¡Ana! ¡Perezosa! ¡Que te va á castigar la señora maestra! ¡Anda!

ANA (Entrando en escena.) ¡Estaba acabando el chocolate! ¡No alborotéis!

TODAS ¡Ana se ha dormido! ¡Ana se ha dormido!

ANA — ¡Embusteras! ¡Embusteras! (*Entra Antonia.*) ¿Verdad, madre, que son unas embusteras?

ANT. — ¡Ponte el pañuelo al cuello! ¡La mañana está fría! ¡Estate quieta, chiquilla!

ANA — (*A las niñas que siguen en la puerta jugando y alborotando.*) ¡Ya voy! ¡Ya voy!

ANT. — (*Acabando de arreglarla.*) ¿Pero no puedes estarte quieta? (*Algunas niñas se apartan de la puerta, después vuelven empujando á las que se quedaron. Que haya movimiento y vida en ese grupo.*)

NIÑA 3.ª — ¡Yo me visto sola y me saco la raya!

ANA — Así vais todas hechas un pingo.

ANT. — (*A Ana.*) ¡Cállate tú!

ANA — Si es que siempre me están diciendo cosas feas.

ANT. — ¡Vaya, ya estás! Dame un beso. (*Ana se lo da.*)

ANA — Ahora otro al niño. (*Corriendo hacia la cuna.*)

ANT. — No está en la cuna.

ANA — ¿Dónde está? (*Yendo hacia la puerta del cuarto.*)

ANT. — Le he llevado á casa de tu tía.

ANA — (*Volviéndose atrás.*) ¿A casa de la tía?

NIÑA — ¡Ana! ¡Ana!

ANA — (*A las niñas que la llaman.*) ¡Ya voy, ya voy! (*Corre hacia la calle.*)

NIÑAS — ¡Ya viene, ya viene!

ANA — (*Saliendo con ellas.*) ¡Me he tomado dos chocolates porque madre no quiso el suyo! (*Desaparecen las niñas y al alejarse va disminuyendo gradualmente el ruído de su charla y sus risas. Antonia arregla los muebles en silencio.*)

ESCENA II

ANTONIA, TOMASA, PONA y ANDRÉS, que se presentarán cuando el diálogo lo indique

TOM. — (*Entrando con un cesto en el brazo y un paraguas.*) Debe ser muy tarde ¡Buenos días, Antonia!

ANT. — ¡Buenos días, Tomasa!

TOM. — Pues verás; voy á la villa y he pasado para preguntarte si querías que te trajera algo.

ANT. Nada me hace falta. Fuí anteayer y traje todo lo necesario.

TOM. ¡Como ahora tenéis tanto gasto con la Daniela! Aunque tal vez pague ella lo suyo.. ¡Claro!

ANT. ¡No sé; esas son cosas de Ramón!

TOM. ¡Ay, hija! Asusta ver lo que gastáis todos los días en comida. ¿Sabéis si necesitará algo la Daniela?

ANT. Tal vez. Pero no se ha levantado todavía.

TOM. Esperaré un rato. ¡Como es tan caprichosa!

ANT. Como tú quieras.

AND. (Entrando.) ¿Sabes dónde está Ramón?

ANT. Supongo que estará en la obra.

AND. No, si no necesito verle... sino que acabé de almorzar y...

TOM. Tú, como puedas meterte en casa ajena...

AND. ¡Cualquiera está en la calle con esta mañana de agua!

TOM. Pues yo tengo que ir á la villa.

AND. Hasta los albañiles han tenido que parar el trabajo.

TOM. (A Antonia) Ayer tuvísteis huéspedes. . ¿Cómicos, eh?

ANT. Creo que sí.

TOM. (Riendo.) ¿Y qué decían? ¿qué decían?

ANT. Nada.

PONA (Entrando con una cesta de cerezas.) Buenos días. Tu mujer te llama, Andrés. Vengo empapada.

AND. ¿A mí?... ¿Está en la puerta?

PONA Sí. Te está llamando á gritos.

AND. Que espere. No le digais que he venido aquí. ¿Oyes, Antonia?

TOM. ¿Y por qué?

AND. Como la pobre es tan celosa... (Señalando el cuarto de Daniela. Todos se burlan de él.)

PONA ¡Mira qué cerezas tan hermosas! Son de mi huerto. Las he cogido para que no se estropearan con la lluvia. ¿Sabes tú si le gustan á la Daniela?

ANT. Cuando salga se lo preguntas.

PONA ¿Pero aún no se ha levantado? ¡Qué holgazana!

AND. Como en Francia hacía del día noche... (A Pona.) ¿Quieres asomarte á ver si mi mujer está en la puerta todavía? (Pona se asoma.)

TOM. ¡Y yo que he de ir á la villa!

ANT. (A Tomasa.) Llámala si quieres.

TOM. No, no; esperaré. (A Antonia.) ¡Caramba con los cómicos! (Antonia se aparta de Tomasa eludiendo la conversación.)

PONA (A Andrés.) Está sentada á la puerta, cosiendo.

AND. (Que había cogido la alpargata para irse) Pues no hemos dicho nada. (Vuelve á dejar la alpargata.) Más la valiera coserse los hocicos.

TOM. (A Antonia.) ¿Y tú qué crees? ¿se curará ó no se curará la Daniela?

ANT. ¿Qué quieres que te diga?... (Mutis.)

PONA Cuando se está haciendo una casa...

TOM. Señal de que se encuentra á gusto.

PONA ¡Y yo que tengo tanto que hacer!...

AND. Si te vas, hazme un favor.

PONA ¿Cuál?

AND. Párate un rato delante de mi mujer para que no me vea salir.

PONA ¡Quita de ahí, calzonazos!

TOM. Voy á decirla que estás aquí.

AND. Ya te guardarás bien de decírselo.

ANT. (Que había entrado en su cuarto y vuelve á salir.) ¿Qué pasa?

PONA Nada. Que á éste le pega su mujer.

AND. También yo la pego á ella.

PONA Yo despierto á la Daniela. (A Antonia.) ¿La despierto?

ANT. Sí, mujer, llámala.

PONA (Llamando suavemente á la puerta del cuarto de Daniela.) ¡Daniela! (Vuelve á llamar.) Levántate, Daniela... Te traigo cerezas de mi huerto. (Se aparta de la puerta.) Ahora se levantará.

TOM. ¿Qué hora será?

AND. Lo menos las ocho.

PONA ¡Cá! Las ocho y media. (Volviendo á llamar á la puerta.) ¡Daniela! ¡Daniela! (Separándose de la puerta.) ¡Y tanto como tengo que hacer! Los chicos no hacen más que romper pantalones.

AND. ¡Yo no tengo más que chicas, á Dios gracias!

PONA Miren de lo que da gracias á Dios.

TOM. (Que ha ido á escuchar á la puerta de Daniela.) No se oye nada. Creo que duerme todavía. ¡Daniela! ¿Quieres algo para la villa? (Vuelve á escuchar.) ¿Que si quieres algo para la villa? ¡Soy la Tomasa! (Hace señas á los otros de que no se oye nada.)

AND. ¡Vaya un sueño pesado!

TOM. Nada se oye.

PONA Verás como á mí me oye. (Gritando por el agujero de la llave.) ¡Daniela! ¡Daniela! (Golpeando fuerte.) ¡Daniela!

TOM. (Lejos de la puerta.) ¡Como no despierte ahora!

AND. Callarse, callarse. (Pona acerca el oído á la puerta.)

PONA No oigo nada.

ANT. ¿De veras?

PONA ¿Le habrá dado algo? (Vuelve á golpear á la puerta con fuerza. Al mismo tiempo se oye canturrear las lecciones á las niñas de la escuela.)

AND. Tal vez se haya levantado y ande por ahí.

TOM. Eso será.

ANT. Como siempre se levanta tarde...

PONA La Monsa sabrá dónde está. (Sale de prisa.)

TOM. (A Pona desde la puerta.) ¡Vuelve en seguida!

AND. Apuesto á que está en la obra con Ramón. (Cesa el canto de las niñas.)

TOM. De seguro que allí está. Voy á buscarla.

PONA (Volviendo.) Dice la Monsa que no la vió pasar.

AND. ¿Y qué? No ha de verlo todo.

ESCENA III

ANTONIA, PONA, TOMASA, ANDRÉS y MONSA

MONSA La Daniela no ha salido de casa.

TOM. Pues en su cuarto no está.

MONSA ¿Cómo que no está? ¡A ver! (Mira por el ojo de la cerradura.) ¡Daniela! (Escucha si responde.)

PONA (A las demás.) ¡Es muy raro!

ANT. ¡Callaos! (Porque no dejan oir á Monsa.)

MONSA (Después de volver á mirar por el ojo de la llave.) Está obscuro, y si se hubiese levantado habría abierto las ventanas.

PONA Pero si estuviese dentro respondería.

AND. Tal vez quiere darnos una broma.

MONSA ¡Daniela, Daniela! (Llamando.) ¡Ay, Dios mío! (Mete un dedo por el ojo de la llave.) ¡La llave está dentro y la puerta cerrada. (Emoción general) ¡La Daniela está aquí!

ANT. ¡Ay, Virgen Santísima!

PONA ¿Y cómo abrimos?

MONSA Traed un martillo, un escoplo... ¡aprisa!... ¡aprisa!

ANT. Y que venga Ramón.

TOM. Voy corriendo. (Dirigiéndose á la puerta de la calle.)

MONSA (Gritando.) ¡Daniela!

ESCENA IV

MONSA, ANTONIA, PONA, TOMASA, ANDRÉS y RAMÓN

RAM. (Entrando al mismo tiempo que Tomasa va á salir.) ¿Qué pasa?

TOM. ¡Hay que abrir esa puerta! ¡Daniela no contesta!

MONSA ¡La Daniela está aquí dentro; llamamos y no contesta!

RAM. ¡No habréis llamado fuerte! (Antonia se aparta al ver entrar á Ramón.)

MONSA Sí, sí. ¡Está cerrada por dentro! ¡Dios sabe lo que habrá pasado!

RAM. (Precipitándose hacia la puerta sin dejar acabar de hablar á Monsa.) ¡Daniela! ¡Daniela!

MONSA ¡Un martillo... un hierro!...

RAM. ¡Qué martillo!... ¡Yo basto!... (Empujando la puerta con el hombro.)

MONSA ¡Aprieta! ¡Fuerte!

TOM. (A Antonia.) ¡Pobre mujer!

MONSA ¡Fuerte! ¡Ya cede!

RAM. (Hace un esfuerzo supremo y la puerta se abre.) ¡Ya está!

MONSA (Entrando en el cuarto de Daniela.) ¡Daniela!

ANT. ¡Yo, yo primero! (Pasa delante de las otras mujeres que la siguen. Ramón va á entrar y no se atreve. Se acerca y se aleja de la puerta varias veces. Se oye dentro á las mujeres, que hablan todas á la vez.)

AND. (A Ramón.) ¿Quién sabe si la pobre?...

RAM. (Escuchando.) ¡Calla, calla!

MONSA (Dentro.) ¡Daniela!

ANT. ¡Levantarla la cabeza! (Dentro.)

TOM. ¡Daniela! (Dentro.)

RAM. (Desesperado.) ¡Ay, Andrés!

MONSA (Dentro.) ¡No contesta, Dios mío! (Al oirla Ramón se desespera y va á entrar.)

ANT. (Que sale del cuarto se encuentra á la puerta á Ramón.) ¡Ramón!

RAM. ¿Qué hay? ¿Cómo está? ¿Dí?

ANT. Está viva. ¡Abrió los ojos! Venía á decírtelo. (Ramón retrocede y llora, procurando no ser visto.) ¡Yo creo que he visto antes pasar al señor doctor!

RAM. (A Andrés.) Que vayan á buscarle. Díselo á Valerio. ¡Corre, corre! (Sale Andrés.)

PONA Dice Monsa si tienes algo para hacerla oler.

ANT. Allí; en mi cuarto Sobre la mesa. (Antonia vuelve al cuarto de Daniela. Pona entra en el de Antonia.)

RAM. (Dirigiéndose al cuarto de Daniela.) ¡La quiero ver! (Dirigiéndose á Monsa, que está en la puerta esperando que vuelva Pona.)

MONSA (Con severidad.) ¡Tú, no! ¡Desgraciado! ¡Tú, no! (Ramón retrocede y cae en una silla.) ¡Pero traes eso! (A Pona y mirando al interior del cuarto de Daniela.)

RAM. (A Monsa.) ¡Ay, de vosotras, si dejais que se muera!

PONA ¡Aquí lo tienes! (Saliendo con un frasco de esencia.)

MONSA ¡Dame, dame! (Entra en el cuarto de Daniela.)

PONA (A Ramón.) ¡Y nosotras que estábamos aquí charlando tan tranquilas! (Ramón cambia de sitio para no oirla.)

MONSA (Riendo dentro.) ¡Todas somos tus amigas! Sí, es la Antonia, qué también te quiere mucho. (Al oirla Ramón llora y arroja con rabia el sombrero sobre la mesa.)

TOM. (Saliendo del cuarto. A Ramón.) ¡Ya está bien!

PONA (Saliendo tambien del cuarto.) ¡Ay! ¡No se gana para sustos! ¡Aun estoy temblando!

TOM. ¡Debías tomar algo... y la Antonia también... y nosotras! ¡Nos hemos llevado un susto!

ESCENA V

MONSA, ANTONIA, TOMASA, PONA, RAMÓN, ANDRÉS, VALERIO y DON JOAQUÍN

VAL. (Entrando.) ¡Ya está aquí!

RAM. ¡Gracias á Dios!

TOM. ¡Qué alegría!

PONA Voy á avisarlas (Entrando en el cuarto donde está Monsa y Antonia.)

TOM. (A Pona entrando también.) No metas ruído.

RAM. (A don Joaquín, que entra.) ¡Don Joaquín, se está muriendo la Daniela!

JOAQ. ¡Tan pronto! ¡No lo esperaba!

RAM. ¡Corra usted, por Dios, porque si ella se muere!...

JOAQ. (Extrañado) ¿Qué?

RAM. Que me moriría yo también.

JOAQ. (Deteniéndose) ¿Qué dices, Ramón?

RAM. ¡Corra usted, corra usted!

TOM. (Desde la puerta.) ¡Ay, señor doctor!

JOAQ. ¡Vamos á ver... vamos á ver! (Entra en el cuarto.)

PONA (Al entrar don Joaquín.) ¡Ya está más tranquila!

AND. (A Tomasa que sale del cuarto.) ¿Cómo la encuentras?

TOM. Ahora está mejor. Se empeña en levantarse.

PONA (Saliendo del cuarto) Maldita la falta que hacía ya el médico.

AND. Siempre llegan tarde.

TOM. Y ahora querrá hacernos creer que él la puso buena.

PONA Si yo no hubiera venido con las cerezas...

TOM. Y si no hubiéramos llamado á Ramón para que abriera...

AND. Y si yo no hubiera ayudado á empujar la puerta... (Ramón se pasea muy agitado.)

TOM. (A Ramón.) ¿Pero cómo ha venido esto? ¿La habéis dado algún disgusto?

RAM. ¡Dejadme en paz! ¿No veis cómo sufro?

TOM. ¡Jesús, cómo te pones!

PONA Pero si nosotras. .

AND. Pero si yo...

RAM. ¡Yo no espero más! Quiero saber lo que ha pasado. . y si se ha de morir .. (Al ir á entrar en el cuarto se detiene, viendo salir á Monsa, á quien todos rodean, menos Ramón, que se aparta, temiendo una mala noticia.)

MONSA Está hablando con el señor doctor hace un rato... como si se confesara...

PONA ¿Y á tí qué te parece?

MONSA Yo creo que está mejor.

TOM. Eso decía yo.

MONSA (A Tomasa.) Hazme el favor de entrar un momento en la escuela porque está la pasanta sola...

TOM. Allá voy; no tengas cuidado. (Sale Tomasa. Monsa vuelve al cuarto.)

AND. (A Tomasa.) De paso, mira si puedes distraer á mi mujer.

TOM. Déjame en paz.

AND. (Aparte.) No voy á poder salir sin que me vea.

RAM. (A don Joaquin que sale del cuarto.) ¿Cómo está? ¿Cómo la encuentra?

JOAQ. (Después de mirar á Pona y Andrés.) Bien.

RAM. ¿No es cosa de cuidado?

JOAQ. No. (Al ver que quieren hacerle más preguntas.) He dicho que no.

RAM. ¡Gracias, don Joaquín, gracias! ¡No sabe usted la alegría que me da!

JOAQ. (Después de mirarle con atención.) ¡Espera! (A los otros) Ahora conviene que os vayais; necesita reposo la enferma. (A Ramon.) Y no dejes entrar á nadie. Hay aquí mucho ruido.

RAM. No tenga usted cuidado, que no entrará un alma.

PONA Si podemos servir para algo, no tienen más que mandar ..

RAM. ¡Gracias!

AND. (A don Joaquín.) ¿Yo también tengo que marcharme?

JOAQ. Será lo mejor.
AND. Espera, Pona.
PONA ¿Qué quieres? (Desde la puerta.)
AND. Ponte aquí... de este lado... tapándome.
PONA ¿Para qué?
AND. Para que no me vea mi mujer. (Saliendo.) ¡No vayas tan deprisa!

ESCENA VI

RAMÓN y DON JOAQUÍN. Después ANTONIA y MONSA

JOAQ. ¿Por qué no has entrado conmigo en el cuarto?
RAM. (Precipitadamente, con emoción.) ¡Porque... porque no debo entrar yo en su cuarto! ¡No puedo entrar, no! ¡Yo no soy lo que usted se figura! Antes era otro, pero ahora... (Desesperado.)
JOAQ. Ya lo sé: ahora eres un.. (Va á decir una palabra dura.)
RAM. ¡Un desgraciado: sí, don Joaquín, un desgraciado!
JOAQ. (Que ha hecho signos negativos con la cabeza.) Un desgraciado, no; un malvado. ¡Parece mentira, Ramón! ¡Esa mujer vale más que tú!
RAM. ¡Es verdad, señor doctor, es verdad!
JOAQ. Ha tenido más dignidad que tú. Ella fué quien no quiso deshonrar esta casa. ¡Niégalo!
RAM. No lo niego, don Joaquín.
JOAQ. ¡Tú la has perseguido, la has acorralado; y entre todos le habéis hecho imposible la paz de que tan necesitada estaba; vosotros sois la causa de su muerte... sí, vosotros! ¡Entre tú y tu mujer la habéis asesinado!
RAM. ¿Qué dice usted, don Joaquín?
JOAQ. Sí, la habéis asesinado. Ya es imposible alargar la vida á esa desdichada. (Durante las últimas palabras del doctor, han salido Antonia y Monsa del cuarto de Daniela.)
MONSA (Bajo, con ansia.) ¿Qué hay, señor doctor?
JOAQ. Hay, que es caso perdido. Y sólo un mila-

gro... (Al oir esto Antonia mira á Ramón que esquiva la mirada de su mujer.)

MONSA ¡Por amor de Dios, don Joaquín!

JOAQ. Hija, yo no sé hacer milagros.

MONSA Se ha quedado dormida.

JOAQ. Pues dejarla tranquila. ¡Ah! ¡Si las cosas se hicieran dos veces!

RAM. ¿Qué habría usted hecho?

JOAQ. ¿Qué habría hecho? Pues cuando me escribió el médico de París, debí contestarle que no consintiera que volviese aquí, porque la permanencia en este pueblo le sería fatal. Sí, sí, fatal repito. Porque aquí la martirizarían hasta matarla.

ANT. Yo, señor doctor, creía...

JOAQ. ¿Tú? Tú no has tenido para ella ni un átomo de compasión.

MONSA ¡Señor doctor!

JOAQ. (A Monsa.) Tú, pobrecilla, tú eres la única que tuviste corazón para esa desgraciada; tú sola, en el pueblo, tuviste para ella caridad

ANT. (Llorando.) Yo me veía despreciada por mi marido; y yo soy la mujer de Ramón, y ella...

JOAQ. ¿Ella? ¿Qué daño te ha hecho? ¡Ella te ha respetado, degraciada! ¡Hubiera querido ver otra en su lugar! ¡Tal vez otra no te hubiera devuelto bien por mal! ¡Otra se hubiera vengado!

MONSA La dejaremos dormir todo lo que quiera, ¿verdad?

JOAQ. Dejadla en paz. Mientras duerme, no la hace sufrir esta gente. (Haciendo un movimiento para irse.)

ANT. Ya no la daré más disgustos, don Joaquín; yo se lo prometo.

JOAQ. Volveré más tarde. (Buscando con la mirada á Ramón.) Y que siga tomando lo mismo... si quiere... después de todo es igual.

MONSA No tarde usted mucho.

JOAQ. Y que no entre nadie. ¡Que no la molesten!

ANT. Cerraremos la puerta. (Por la de la calle.)

RAM. (Acompañando á don Joaquín que va á salir.) ¿De

modo, don Joaquín, que no tiene remedio? Si lo hay, cueste lo que cueste... (Daniela aparece en la puerta de su cuarto sin ser vista por los demás y oye lo que dicen.)

JOAQ. Ya te he dicho que es caso perdido; está ya muerta; y vosotros la habéis matado.

RAM. ¿Pero no se podría celebrar una junta? Digo, si á usted le parece...

JOAQ. Dale bola...

MONSA ¿Y si quiere levantarse?

JOAQ. Que se levante, es igual; de todos modos.. (Echando una bendición.)

RAM. (Ya en la puerta.) ¿No habría manera?...

JOAQ. (Saliendo.) Está muerta... Te digo que está muerta. (Sale hablando con Ramón.)

ESCENA VII

DANIELA, ANTONIA y MONSA, que vuelven de la puerta

ANT. (Al ver á Daniela que ha avanzado algo en escena.) ¡Daniela!

MONSA (Corriendo hacia ella.) ¿Por qué te has levantado?

DAN. ¡Porque quiero aire y luz! ¡Porque quiero vivir! (Se sienta en una silla. Monsa corre á entornar la puerta de la calle y vuelve al lado de Daniela.)

MONSA Si ya estás bien. Si no ha sido nada.

DAN. ¡Sí, sí, estoy muy bien, muy bien! (Busca á Ramón con la mirada.)

MONSA ¿Qué quieres? ¿Qué te falta?

DAN. Quisiera... (Después de mirar á Antonia.) Nada, no quiero nada.

MONSA ¿Estás bien así?

DAN. Sí, sí, ahora sí. He pasado una noche horrible.

MONSA ¿Por qué no llamabas?

DAN. (Con tristeza y desesperación.) ¿A quién?

MONSA ¡A... cualquiera!

DAN. (Aparte á Monsa.) ¡Calla, calla! (Alto.) Y ahora.. os oía cuando llamábais á la puerta... os oía pero no podía contestaros... Tal vez cuando me muera también oiré que me llaman, y

estaré como allí, sin poder contestar; tendida, yerta.

MONSA Tranquilízate, Daniela.

DAN. (Con desesperación.) ¡Estoy condenada á muerte! ¡Estoy condenada! ¡No hay remedio para mí! Ya no puedo hacer mal á nadie... soy como un tronco seco que ni sombra puede dar y con trabajo se sostiene... (Se ha puesto en pie con ayuda de Monsa y Antonia. Dirigiéndose á esta última.) Tú, suéltame. ¡Déjame! (Antonia la suelta y sigue hablando en voz baja.) ¡Quédate con tus hijos!

ANT. No, Daniela, no. No me trates así. No te quería bien porque me figuraba... lo que no era. ¡Ya ves! Mi marido me despreciaba... ¿Qué hubieras tú hecho en mi lugar? ¡Dime, Daniela, dímelo! (Se oye el canto de las niñas en la escuela.)

DAN. ¡Cantan, cantan! ¡Tú, Monsa, de su amor vives! ¡Tienes un pedacito del corazón de cada una... y juntos todos forman un corazón inmenso!

ANT. (Suplicando.) ¡Daniela, Daniela!

DAN. ¡Calla, déjame oirlas, déjame que me empape de su canto, déjame que aspire su aliento purísimo, que me ensancha el pecho! ¡Déjame, déjame! ¡Me das envidia! Tú aquí te quedas para ser feliz, rodeada de alegrías, para mí nada. No hay un sorbo para mí, que me muero de sed, y tanta agua como se pierde...

ANT. ¡Daniela!

MONSA ¡Déjala!

DAN. (A Antonia.) ¡Vete, vete! Ya sé lo que tengo que hacer; sí, lo haré, lo haré. (Ríe.) ¡Sí, lo haré, sí! (A Monsa.) ¡Que se vaya, que se vaya!

MONSA Creo que debes irte. (Aparte á Antonia.)

ANT. (Aparte a Monsa.) Como te parezca.

MONSA Yo la calmaré un poco y después volverás.

ANT. Me iré con el niño.

MONSA Sí, anda, anda. (Sale Antonia y vuelve á entornar la puerta.)

ESCENA VIII

DANIELA y MONSA

DAN. (*Aparte.*) ¡Ahora me toca á mí ser feliz! ¡Me toca á mí! ¡También yo quiero serlo!
MONSA (*Volviendo cerca de ella.*) Ahora tranquilízate... Hablemos de tu casa.
DAN. ¡Oh, el chalet!... Servirá para instalar tu escuela... será tuya...
MONSA ¡No, no!
DAN. Y de todas las niñas... Y todo lo que tengo también para que hagas de ellas lo que yo no he sabido ser. (*Monsa llora. Mirando alrededor.*) ¿Y Antonia? ¿Se ha ido ya?
MONSA Sí, ya se fué.
DAN. Pues ahora que venga Ramón.
MONSA ¿Qué quieres? Pero escucha...
DAN. (*Con insistencia de niña.*) ¡Ramón!
MONSA ¡Mujer!
DAN. ¡Ramón!
MONSA ¡Virgen María! (*No sabiendo que hacer.*)
DAN. ¡Ramón, Ramón! ¡Yo quiero á Ramón!

ESCENA IX

DANIELA, MONSA y RAMÓN

RAM. (*Entreabriendo la puerta.*) ¡Daniela!
DAN. ¡Ya está aquí! ¿Me oíste que te llamaba?
RAM. Sí, te oí.
DAN. ¡Es mi Ramón! ¡El Ramón de otros tiempos! ¡El Ramón de la Daniela pequeña!
RAM. Sí, soy yo. El Ramón de siempre, que no te abandonará nunca.
DAN. (*Abrazándole.*) ¡Nunca!
RAM. ¿Cómo estás, Daniela? ¿Te encuentras mejor? ¡Animo, Daniela! ¿Sabes? La torre sube y el campanario se queda allá abajo.
DAN. Sí, sí. Pero ahora tengo mucha prisa, mucha... (*Ahogándose.*) prisa.

MONSA ¿Quieres tomar algo?

DAN. (Mira á Ramón, después á Monsa y ríe.) No, no. Lo que quiero es hablar con Ramón. ¿Comprendes? ¡Le tengo que decir tantas cosas sobre mi viaje! (Refiriéndose á la muerte) Déjanos, déjanos, Monsa; ya te llamaré. (Abrazándola.)

MONSA ¡Daniela, Daniela!

DAN. ¡Gracias por todo, gracias!

MONSA (A Ramón.) Voy á la escuela. Si hago falta...

RAM. Te llamaré en seguida.

ESCENA X

DANIELA, RAMÓN y VALERIO, cuando se indique. Al salir MONSA deja la puerta abierta. Ramón sube á entornarla

DAN. ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Ramón! (Le llama con angustia al verle ir hacia la puerta, creyendo que se marcha. Al verle volver da un grito de alegría)

RAM. ¡Habla, Daniela, habla!

DAN. Nunca saliste de aquí, ¿verdad?

RAM. No. ¿Por qué?

DAN. Y si yo te dijera: ¿quieres que viva? pues llévame lejos, muy lejos.

RAM. Te llevaría. Por tu salud, todo... (Siguiendo su pensamiento.) ¡Irnos lejos! ¡Lo he soñado tantas veces!

DAN. El abismo atrae ¿comprendes? El abismo... cuanto más hondo, más llama y más engulle... (Traga.) A él vamos. Pero ¿qué importa, Ramón, si yo quiero vivir?

RAM. Vivirás, vivirás; quiero que vivas.

DAN. (Interrumpiéndole para evitar el engaño inútil.) No digas eso. ¡Calla, calla! Si deliro, deja que delire; si estoy loca, déjame con mi locura. Tú has dicho que me amas, que me quieres dichosa; pues á serlo, á serlo contigo, vámonos. Si no puedo andar, me llevarás en brazos; y agarrada á tu cuello huiremos de la muerte que me acecha. (Con extravío.)

RAM. ¡Daniela! ¡Daniela! ¡Cálmate! Haré lo que tú quieras. (Como contagiado por la exaltación de Daniela.) Cuando estoy á tu lado de nada me

acuerdo; tú sola existes para mí; el mundo entero daría por salvarte.

DAN. Huyamos, huyamos de la muerte (Dando un chillido como si la viera delante.) ¡Mírala, mírala! (Abrazándose á Ramón.)

RAM. Ya no me detiene nada. Estoy resuelto. Nos iremos; te lo juro.

DAN. Pero ahora, ahora mismo; que el tiempo se me acaba.

RAM. (Yendo á la puerta exterior y llamando á Valerio.) ¡Valerio!

DAN. Por Dios, no llames... vendrán... querrán detenernos.

RAM. Nadie me detendrá. Estoy resuelto. (Apartando á Daniela al entrar Valerio.)

VAL. ¿Llamaba usted?

RAM. Sí, engancha en seguida la tartana... deprisa... como un rayo... ¿oyes?

VAL. Sí, señor, sí.

RAM. Y que no entre aquí nadie. La Daniela ya está buena. (Vase Valerio.) Desde la villa escribiré. Ahora nada: huir sin que nos vea nadie. (Entretanto Daniela ha entrado en su cuarto. Llamando) ¡Daniela! ¡Daniela!

DAN. (Sale del cuarto trayendo un sombrero, y un abrigo, que al ponérselo la cubre toda.) Ya estoy dispuesta. No necesito más. ¡Vamos!

RAM. Yo tampoco necesito nada... Lo que ha de ser, sea... Basta de vacilaciones... Espera, yo te ayudaré. Daniela, vamos.

DAN. Sí, sí, vamos... (Ahogandose,) espera, espera un instante... no puedo respirar... (Vuelve á caer sentada.)

RAM. (Corriendo hacia ella) ¿Qué tienes?

DAN. Nada... no es nada.. La alegría de irnos juntos...

RAM. (Muy emocionado.) Sí, eso será. A mí también me ahoga la alegría.

DAN. Iremos muy deprisa, muy deprisa, y la tierra huirá detrás de nosotros. Huid, huid, tierras malditas que yo no os vea; y gritad, seguid gritando: ¡la perdida! ¡la mala mujer!

RAM. (Apretándose la frente entre las manos y con voz ahogada por la angustia.) Todo, todo quedará detrás

y nosotros solos adelante, adelante. (Se oye cantar á las niñas en la escuela.)

DAN. ¡Oh! ¡Ese canto... ¡ese canto!... ¡Canto maldito!... ¡Le llaman, le llaman! (Tapando los oídos á Ramón con sus manos.) Ramón, ¡no la escuches! ¡Vámonos, vámonos! (De pie.)

RAM. Sí, vamos.

DAN. Ponme el abrigo... (Al sentarse se le cayó el abrigo de los hombros.) Puedo, puedo... pero ayúdame. (Sigue el canto de las niñas.) ¡No callan! ¡No callan! (Habla alto para que no se oiga el canto.) Ya está bien, ya está bien.

RAM. Ahora vamos de prisa. (Mirando por la puerta.) No se ve á nadie. ¡Ven, ven! (A media voz llamando desde la puerta.)

DAN. ¡Voy, ya voy! (Sin poderse mover.)

RAM. Aprisa, no te detengas. (Sin mirar hacia ella para ocultar su emoción.) ¡Anda!

DAN. Sí, ya voy, ya voy.

RAM. Pero, ¿qué haces?

DAN. ¡Ay, Ramón, que no puedo! (Ramón corre hacia ella.)

RAM. ¡Oh! ¡rabia!

DAN. Llévame... no puedo andar... en tus brazos.

RAM. Sí, en mis brazos. (Ramón la envuelve de cualquier modo en el abrigo, como si fuera un fardo, y loco, rugiendo, casi á arrastras, la lleva hacia la puerta.)

RAM. Huyamos como réprobos, como condenados.

DAN. ¡A vivir, á vivir!

RAM. (Como una fiera, ronco, ahogándose.) ¡Eres mía, eres mía! ¡Que me la quiten, que me la quiten!

DAN. Quiero vivir, vivir... (Las últimas frases las dicen los dos casi al mismo tiempo.)

ESCENA XI

DANIELA, RAMÓN y MONSA

MONSA (Desde la puerta.) ¿Dónde vais?

RAM. ¡Apártate!

MONSA ¿Dónde vais? ¿Dónde vais?

RAM. ¡Quita! ¡quítate!
MONSA ¡Ana! ¡Ana!
RAM. ¡Fuera de aquí! (Ramón procura echar las manos al cuello de Monsa.)
DAN. ¡No, por Dios, no!
RAM. Vamos.
MONSA No saldréis, aunque me ahogues.
RAM. ¡Saldremos aunque te opongas tú y la tierra entera, y el cielo divino!
DAN. ¡Ramón, por Dios, Ramón! (Ramón luchando con Monsa la ha hecho caer de rodillas, agarrándose ésta á los pies de Ramón para que no se escape.)
RAM. ¡Suéltame, suéltame! (Daniela entretanto ha ido acercándose á la puerta, agarrándose á los muebles y apoyándose en la pared.)
MONSA ¡Ni muerta te soltaré, ni muerta! (Logra desasirse un momento y grita:) ¡Ana! ¡Ana! (Al oir llamar á Ana retrocede como ante un peligro.)
DAN. ¡No, eso no; por piedad!
RAM ¡Calla, calla!
MONSA ¡Ana! ¡Ana! (Ramón al primer grito ha soltado á Monsa. Esta, de pie, sigue llamando.)

ESCENA XII

DANIELA, MONSA, RAMÓN, ANA. Después ANTONIA, y por último, TOMASA, PONA, ANDRÉS, VALERIO. Gente del puebla NIÑAS de la escuela

ANA ¿Qué pasa?
RAM. (A Monsa.) ¡Calla, calla!
MONSA ¡Que se va tu padre! ¡Que te lo quitan!
ANA ¡Padre! (Llorando.) ¡Padre!
RAM. ¡Déjame, déjame!
MONSA (Con energía.) No le dejes; abraza, abraza fuerte.
ANA ¡Padre! ¡Padre!
RAM. ¡Hija! ¡Hija de mi alma!
MONSA (Dirigiéndose á Daniela.) ¡Mira, mira... sepáralos ahora!

DAN. ¡Yo! ¡Yo! (Se levanta.) ¡Me voy de aquí! (Ramon se vuelve violentamente hacia ella.) ¡Sola! (Con resolución mirando á Ramón.) ¡Me voy sola! (Da algunos pasos hacia la puerta donde aparece Antonia.) ¡Antonia! (Daniela se detiene; todos callan.)

ANT. (Después de una pausa.) ¿Qué ocurre? (Todos callan. A Daniela) ¿Dónde vas? ¿Dónde vas sola? (Acercándose á ella. Ana sigue abrazada á Ramón.)

DAN. A buscar el abrigo de una fosa, que siento frío en los huesos... A buscar el calor de la tierra... de la madre que nunca nos abandona.

ANT. ¿Pero qué hacéis? ¿No oís lo que dice? (Daniela va á caer. Antonia corre á sostenerla pero Monsa llega antes)

MONSA ¡Daniela!

DAN. ¡Dejadme! ¡Qué importa que caiga! ¡Al fin he de caer! ¡La muerte me empuja! ¡Ya la siento que llega! (Casi se escapa de los brazos de Monsa. Antonia ayuda a Monsa á sostenerla. Van apareciendo en la puerta Tomasa, Pona, Andrés, Valerio, pueblo y las Niñas de la escuela. Todos estos personajes han de llamar la atención lo menos posible. Al pronto no se verá á las Niñas; después alguna irá asomando la cabeza entre las mujeres, y poco á poco algunas se ponen delante de la puerta.)

MONSA (A media voz.) ¡Pronto! ¡Llamad al doctor!

DAN. No. ¿Para qué? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tu perdón!... ¡Tu perdón!...

MONSA ¡Sí... sí... lo tendrás! (Antonia habla con algunos hombres de los que hay en la puerta, que salen.)

DAN. ¡Sacadme de aquí! ¡Fuera... al arroyo... donde mueren los perros! ¡Soy la deshonra! ¡Todo lo mancho! ¡Fuera, fuera!

MONSA ¡Ah! ¡No, no! (A las Niñas.) Venid vosotras. ¡Rodeadla todas! ¿Verdad que no queréis que se vaya? (Todas las Niñas rodean á Daniela que vuelve á sentarse.) ¡No quieren que nos dejes!

DAN. (Tendiendo los brazos hacia ellas.) ¡Sí, sí! ¡Qué bien estoy así! ¡Qué bien! ¿Y Ana? ¿Dónde está?

ANT. (Llamándola.) ¡Ana, Ana!

DAN. ¡Ven, ven! (Antonia pone á Ana en los brazos de Daniela quien la abraza tiernamente.) ¡Ella nos salva

á todos! (Mirando á Ramón.) ¡Ana, vé, vé... lleva tu madre al lado de tu padre... más cerca... abrázalos! (Ana hace lo que Daniela le dice.) ¡Así... así!... ¡Qué contenta estoy, Dios mío! ¡qué contenta! (Pasando la mano por la cabeza de las Niñas.)

ANA — ¿No te irás, verdad? ¿Te quedarás siempre con nosotros?

DAN. — ¡Sí, sí, con vosotros, con vosotros!... ¡Qué frío! (Las Niñas se acercan más á ella.) ¡Así, así; muy cerca, muy cerca todas!

MONSA — (Aparte.) ¡Pobre Daniela! (Se ilumina más la escena.)

DAN. — Ya vuelve el sol á iluminarlo todo... todo... tierras y conciencias... (A Monsa.) Monsa, que derriben la torre.

NIÑAS — ¡Acerquémonos más! ¡muy juntitas!

ANA — ¡Pobrecita! ¡Tiene mucho frío!

NIÑA 1.ª — ¿Se quedará?

DAN. — ¡Nunca os dejaré! ¡Estaré aquí siempre! ¡siempre! (Se oye á los obreros trabajar en la obra.)

MONSA — ¿Oyes? ¡Trabajan en tu casa! ¡Ya sube, ya sube!

DAN. — (Se fija en la cuna y dice para sí.) ¡La cuna! ¡Allí está! (Logra ponerse en pie.) ¡Voy allá! ¡Voy allá! (Va hacia la cuna sostenida por Monsa y Antonia que casi no pueden con ella. Cuando llegan junto á la cuna el cuerpo de ella cede y va cayendo de rodillas. Cuando esté de rodillas hace que la suelten.)

DAN. — (Mirando á la cuna.) ¡Pobrecito niño! ¡Pobrecito niño!

MONSA — (En voz baja.) ¡La cuna está vacía!

RAM. — ¡No la toquéis! ¡Dejadla!

DAN. — (Cantando con voz ahogada.) La madre... de... Dios...

MONSA — (En voz baja.) ¡Canta!

DAN. — ¡Dios... Dios... Dios!... (Diciendo estas palabras pone la mejilla sobre la cuna, y al peso de su cabeza la cuna cede y se inclina.)

MONSA — (Mirando al cielo.) ¡Perdón! ¡perdón!

DAN. — (Como siguiendo la canción.) ¡Dios... Dios!... (Después de un ronquido ahogado da el cuerpo de Daniela una vuelta y cae muerta de cara al público. Las Niñas se apartan asustadas.)

MONSA ¡Muerta! ¡Muerta! (Ramón abraza á Antonia llorando. La cuna, al faltarle el apoya de Daniela, sigue meciéndose hasta que cae el telón. Se oye fuera el repiqueteo de los martillos de los picapedreros y el sonido de la campanilla del Viático que se acerca.—Telón muy lento.)

FIN DE LA OBRA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*